

UNA

Cómo leer la Biblia para ver a Dios

GRAN

y no solo leer de él

HISTORIA

Josué Ortiz

Una Gran Historia

Cómo leer la Biblia para Ver a Dios y no solo Leer de Él.

Josué Ortiz

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

A menos que se especifique, todas las citas bíblicas son tomadas de la versión Reina-Valera® © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovada 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

© 2021
Editorial Bautista Independiente
EB-606-D
ISBN 978-1-953663-24-5

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Blvd.
Sebring, FL 33870

(863) 382-6350
www.ebi-bmm.org

Índice

Capítulo	Página
Introducción	1
1 ¿De qué Trata la Biblia?	4
2 La Primera Parte de la Historia	8
3 La Segunda Parte de la Historia	24
4 ¿Qué Tiene que Ver Conmigo?	38
5 ¿Por qué Creer en Dios pero No en Jesús, es tan Peligroso?.....	50
Conclusión.....	58

Introducción

¡Gracias por tomar este pequeño libro! Espero que sea una lectura sencilla, fácil y dinámica. No es breve porque el mensaje de Dios sea simplista, es decir, sin gran contenido o profundidad, sino porque me propuse ser conciso y directo: la Biblia es realmente una historia grandiosa que quiero presentártela de una manera clara y resumida.

¿Qué viene a tu mente cuando piensas en “la Biblia”? ¿Qué piensas cuando escuchas la Palabra “Dios”? De seguro has escuchado frases como éstas:

“Todas las religiones nos apuntan al mismo dios”.

“La Biblia es un libro manipulado por hombres”.

“Lo importante es ser bueno y tratar de no hacer daño a nadie”.

“No existe el cielo ni el infierno —esas son solo ideas medievales”.

Estas y muchas otras ideas sobre Dios, la religión y la Biblia se han popularizado por bastante tiempo. Afirmaciones como esas incrementan la confusión sobre Dios, Jesús y la Biblia, a tal punto que muchos realmente creen que “nadie sabe” la verdad.

Pero si lo piensas por solo un minuto, no debería ser así. Cuando hablamos de religión, comúnmente se ocupan los mismos conceptos: Dios, Jesús, creación, vida eterna, cielo e infierno, etc. En otras palabras, no hay muchos “dioses”, no hay muchos “Jesús”, no hay muchos “evangelios bíblicos”. El problema es que se ha manipulado el significado de “Dios”, “Jesús” y “la Biblia”, en versiones diluidas, adulteradas, fantasiosas y confusas.

Si tantos usan la Biblia como un libro sagrado y presentan a Jesús como un personaje ejemplar, ¿no sería mejor ir a la Biblia para que ella misma presente lo que tiene que decir sobre Jesús? Más aún, si Jesús era un “profeta ejemplar”, un “iluminado evolucionado”, entonces, ¿por qué no escuchar lo que Jesús tiene que decir sobre la Biblia? ¿No es eso simplemente lo más lógico?

Por ejemplo, aunque todas las confesiones cristianas tienen elementos propios y únicos, sí encontramos un común denominador entre todas ellas. Hay una historia que enlaza a la mayoría de ellas y que habla de un Jesús y un Dios, de que existe vida después de la muerte y que hay un orden divino de todas las cosas.

Quisiera insistir sobre el mismo argumento que he querido presentarles en este libro. Si la Biblia es el libro que revela a Jesús y es la fuente de donde emanan los fundamentos para entender y tener una correcta relación con Dios, lo que corresponde es que vayamos a la fuente misma: la Biblia.

Una Gran Historia

¿Qué dice la Biblia de sí misma? ¿Qué dice la Biblia sobre Dios? ¿Qué enseña sobre la creación del mundo, el problema humano, la necesidad de salvación, Jesús, la vida después de la muerte? ¿Acaso no es válido — incluso necesario— ir a la fuente para entender todos esos puntos? Recientemente escuché un pensamiento que me llamó mucho la atención: *“Puede ser que todas las religiones del mundo sean mentira. Sin embargo, no puede ser que todas las religiones sean verdad”*. ¿Dónde podremos saber si el cristianismo es verdadero o falso? Será mejor que vayamos a la fuente de donde nacen todas estas enseñanzas: la Biblia.

La Biblia ha sido preservada de forma sobrenatural por milenios. Pero también es cierto que es un libro que ha sido atacado, manipulado y malinterpretado por toda su historia. Esto no debería sorprendernos porque si se logra nublar la fuente del verdadero conocimiento, el resultado será versiones apócrifas y desviadas del original. Yo estoy convencido de que el mundo espiritual es real y mientras la verdad se oculte, la mentira reinará.

El propósito del libro

Mi objetivo principal es presentarte la Biblia como la verdad. No se trata de mi verdad, ni la verdad propuesta por alguna tradición religiosa, sino la verdad de la Biblia —el único libro que ha sobrevivido la prueba del tiempo y del escrutinio de su veracidad por siglos. El único libro que Dios ha dejado para la humanidad. El único libro que es la Palabra de Dios.

Si no sabes de qué trata la Biblia, si nunca la has leído o la has leído y no la entiendes, entonces este libro te ayudará a que conozcas la Biblia como una gran historia que tiene un mensaje central que se desarrolla en cada una de sus páginas.

Al final de cada capítulo encontrarás preguntas que te ayudarán a reflexionar sobre lo que has leído. Puedes responder las preguntas a solas y luego juntarte con tu mentor, amigo o grupo para continuar con tu reflexión.

No quisiera terminar esta introducción dejándote la idea equivocada de que te presentaré el argumento de un libro como cualquier otro. La Biblia no es *cualquier* libro —creo que eso es evidente. El problema es que muchos quieren leer la Biblia como *cualquier* otro libro y eso es imposible. La Biblia es la revelación de Dios mismo acerca de sí mismo y su plan de rescate de una humanidad perdida. Permíteme ponerlo de manera simple: la Biblia es una historia —una gran historia. ¿Listo? ¡Aquí vamos!

Capítulo 1

¿De qué Trata la Biblia?

Entendiendo para aprender

“¡Es un tiburón!”, gritaban algunas personas en la orilla de la playa. La curiosidad hizo que me acercara con rapidez hacia donde estaban todos. Realmente me interesaba saber si había un tiburón cerca porque hacía solo unos minutos yo había estado nadando en ese mismo lugar.

En ese tiempo estaba estudiando en la universidad y los fines de semana algunos amigos y yo íbamos a la playa para pasar un buen tiempo juntos, nadar, refrescarnos y distraernos de las presiones de los estudios. Pero nadar cerca de tiburones ¿no era lo que yo tenía en mente como tiempo de descanso!

Si era realmente un tiburón, sin saberlo mi vida estuvo literalmente en riesgo. Si llego a ver con mis ojos al tiburón, no me cabría duda de que, si me hubiese quedado en el agua por cinco minutos más, es muy probable que ese supuesto tiburón me hubiese encontrado en su camino.

Me acerqué hacia donde estaba el tumulto. Había personas grabando con celulares, observando y corriendo a lo largo de la playa, aparentemente siguiendo a esa temida criatura. Trataba de ver si era cierto, pero las olas, la espuma y las personas me impedían ver algo con exactitud.

Unos señalaban a un lado, otros aseguraban ver al gran pez en otro lado. No podía ver —realmente lo intentaba, pero no podía. Yo quería verlo con mis propios ojos, no que me lo contaran ni describieran. Para estar convencido tenía que observarlo por mí mismo, asegurarme de que

era un tiburón y no cualquier otra cosa, saber que era cierto —saber... yo quería saber.

De pronto, casi de manera sorprendente, la gran figura del pez surgió frente a mí. Largo, visible, peligroso: no cabía la menor duda, era un tiburón. Lo vi con mis propios ojos. Estaba seguro. Fui testigo de lo que otros afirmaban. El conocimiento adquirido de forma experiencial provocó que fuese más consciente del riesgo que existe al nadar en esa costa del Golfo de México.

La experiencia de verlo con mis propios ojos cambió mi perspectiva del suceso. No podía ser de otra manera —poder ver el contorno de su figura, sus ojos y sus aletas, me hizo finalmente conocer de cerca y de forma personal lo que antes solo había escuchado como una historia lejana.

En el ámbito espiritual es igual. *Muchos* nos hablan de la Biblia, de lo que quiere decir *para ellos*, de lo que *ellos* piensan de su contenido. Muchos opinan, dicen, imaginan. Pero lo cierto es que jamás lograremos entender de qué trata la Biblia si no permitimos que la Biblia se explique a sí misma y veamos sus letras, palabras y estructura con nuestros propios ojos.

Verdades a medias son mentiras en desarrollo —no más. Verdades mal contadas, son manipulaciones bien pensadas. Entonces, ¿Por qué no prestar atención a la Biblia? ¿Por qué no descubrir la unidad que se presenta de forma obvia en sus páginas? ¿Por qué no escuchar mejor personalmente lo que ella dice de sí misma y no lo que otros hablan de su contenido?

En este libro quisiera entregarte una explicación breve, pero detallada de lo que es la Biblia. No solo eso, sino que también desearía que, al final de la lectura, lograras capturar la verdad de que Dios no se encuentra en las formulaciones y rituales humanos —él nunca podrá ser entendido a través de esos medios. Por el contrario, esos medios han generado más problemas a muchas personas. Han buscado a Dios en donde nunca podrá ser hallado.

Lo primero que quisiera dejar en claro es que Dios no está escondido ni busca esconderse de ti. Dios no juega al escondite. Dios se ha revelado de forma intencional al ser humano porque quiere darse a conocer. Dios

se ha revelado por medio de la Biblia y nos ha presentado con suma claridad a su persona, sus palabras, obras e intenciones. Pero mientras las personas busquen en los lugares incorrectos, será virtualmente imposible encontrar a Dios.

Usaré el resto de este libro para darte una explicación concisa de qué es la Biblia y cómo revela a Dios y su hermoso plan de rescate para la humanidad.

¿Cómo empieza la Biblia?

La Biblia es una historia. Te puedo decir con una frase sencilla que *la Biblia es el relato de la historia de quién es Dios y de cómo rescata a su creación y criatura*. Es posible que esa no haya sido la idea de lo que pensabas de la Biblia, ¿verdad?

¿Qué es lo que te viene a la mente cuando piensas en la Biblia? ¿Una letanía aburrida? ¿Reglas y códigos de comportamiento? ¿Múltiples contradicciones? ¿Temas difíciles de entender? ¿Cuentos mitológicos y fantásticos?

Bueno, la Biblia no es nada de eso. La Biblia es la suma de las palabras con las que Dios ha hablado al ser humano *para que* el ser humano lo conozca. Dios tenía tal deseo de revelarse que usó nuestro propio lenguaje para que pudiéramos entenderlo con absoluta claridad. La Biblia no fue escrita para los ángeles o criaturas de universos lejanos, fue escrita para ti y para mí —para el ser humano.

Eso es lo primero que nos impresiona de la Biblia —Dios quiere que le conozcamos y ha usado nuestro lenguaje de una forma abundante y clara para que lo logremos. ¡Qué tristeza sería nunca conocerle teniendo su Palabra tan cerca! Pero no tiene que ser así. Dios quiere que le conozcas y, por lo tanto, se ha revelado en la Biblia.

De seguro sabes que la Biblia está dividida en dos grandes secciones, Antiguo y Nuevo Testamento. La razón para esta división es que la primera parte, o el Antiguo Testamento, desenvuelve la historia de cómo se preparó la llegada de un Salvador que vendría a rescatarnos —este Salvador que posteriormente sabremos que se llama Jesús.

En la segunda parte, o Nuevo Testamento, el Salvador finalmente ha llegado y realiza su obra de forma perfecta en favor de la humanidad. En

Capítulo 2

La Primera Parte de la Historia

El Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento comienza de una manera bastante peculiar, “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Esto nos habla de que Dios *siempre* ha sido el mismo y ha existido antes de todas las cosas. A diferencia de nosotros, él nunca ha tenido un principio ni tendrá un fin porque es eterno. Precisamente este atributo es lo que lo califica como Dios —Dios es eterno, no un ser creado.

La historia comienza con un Dios que crea a una humanidad que sabemos que no se podía crear a sí misma. Dios creó absolutamente todo lo que hay en el cielo y en la tierra. Él lo consideró como un lugar bueno, perfecto, puro, hermoso y glorioso.

Dios no solamente creó todo lo que vemos, sino también todo lo que somos. Génesis nos dice que Dios creó, “al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27).

La creación estaba completa, pero no era cualquier creación. Se trataba de un reino. ¿El lugar? El Jardín del Edén. ¿El Rey? Dios. ¿Los ciudadanos? Adán y Eva. Los tres elementos fundamentales de cada reino estaban presentes: Rey, reino y ciudadanos. Adán y Eva reinarían sujetos a Dios por siempre. Ellos eran los encargados de “sojuzgar” y “señorear” sobre la creación (Génesis 1:28).

Es importante que entendamos que esa siempre ha sido la voluntad de Dios para su creación y su criatura —que el reino de Dios sea poblado

por los seres humanos y que los seres humanos estén a cargo y administren sobre su creación.

La Biblia es el relato sobre cómo el reino de Dios comenzó en la tierra. La Biblia no es la historia del origen de Dios, sino es la historia de cómo el cielo llegó a la tierra, y te puedo decir que es la historia de amor más grande de todos los tiempos.

La Biblia comienza con el relato de la creación de la tierra. A partir de ese momento nada fue igual. Génesis dice que la tierra estaba vacía, desordenada y en tinieblas (1:2). Esa era la condición inicial de la tierra, pero no se quedaría así para siempre. Dios no quiso que la tierra estuviera “vacía, desordenada y en tinieblas”. Sin necesidad alguna de haberlo hecho, Dios les daría origen a todas las cosas. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo siempre han coexistido en perfecta armonía y amor. Sin embargo, por pura gracia y misericordia, la tierra pasaría de ese estado de vacío a un planeta colorido, creativo y lleno de vida. El amor entre las tres personas de la Trinidad ha sido derramado sobre la creación. Como el rocío de la mañana, así el amor trinitario ha caído gentil y generosamente sobre todo aquél que crea y se arrepienta de sus pecados.

Ese acto poderoso y creativo de Dios se asemeja mucho al de nuestras vidas. En un sentido, nuestras vidas son microcosmos de esa descripción original de la tierra. Nuestras vidas —tu vida y la mía— también está vacía, desordenada y en tinieblas. No me malinterpretes. No estoy diciendo que no haya buenos momentos de felicidad y tranquilidad. Pero sin temor a equivocarme puedo decir que mi vida sin Dios estaba vacía, desordenada y en tinieblas. Desconocía quién era Dios, para qué estaba aquí o qué pasaría después de la muerte. Intuía que había “algo” que nos había creado, pero no sabía qué, ni cómo y la incertidumbre era algo que me inquietaba profundamente.

No te puedo negar que me sentía como abandonado y muchas veces confundido. Como muchos otros, buscaba felicidad en cosas pasajeras que nos han vendido como la fuente de la alegría verdadera. Una carrera profesional, una maestría, un buen empleo, matrimonio, hijos, casa, autos, una mascota, viajes... procuré tener todas esas cosas una tras otra, pero nunca hallé esa felicidad duradera tan ansiada —nadie la ha hallado

en esas cosas. Al contrario, después de tantos intentos fallidos, el sentido de vaciedad y falta de propósito permanecía e incluso se agudizaba.

Así de vacía estaba la vida. Así de vacía estaba la tierra. Pero Dios se propuso infundirle vida y significado a su creación. Dios irrumpió en el triste trayecto de vaciedad y desorden de la tierra y lo puede hacer también con tu vida. No resistas. No tardes.

El primer matrimonio

Es posible que pienses que tu matrimonio, el de tus amigos o el de tus padres es el único que tiene problemas, pero espera a que te cuente lo que pasó con Adán y Eva —los primeros seres humanos creados por Dios. La verdad es que los problemas humanos no se originaron en nuestra generación. Los problemas humanos tienen miles de años y solo Dios puede darles solución.

Adán y Eva fueron creados y establecidos en este reino —el reino de Dios. Un lugar perfecto, armonioso y bello. Ellos fueron el primer matrimonio instituido sobre la faz de la tierra. Dios les permitió comer de cualquier fruto de ese jardín, excepto de uno. ¿Cuál es la razón para tal excepción? Dios nunca ha forzado a nadie, por lo que la obediencia al Rey siempre ha sido un tema de elección voluntaria. Dios no obliga a nadie y a Adán y Eva se le dio la misma prerrogativa. Ellos tendrían que tomar la misma decisión: obedecer o rebelarse.

La Biblia nos dice que Satanás tomó la forma de una serpiente para tentar a Adán y Eva (Apocalipsis 12:9). Por cierto, esto es lo que nuestro enemigo hace todo el tiempo, nos tienta. Estas fueron las palabras exactas con las que fueron convencidos de rebelarse contra Dios. Oponiéndose directamente a lo que Dios había mandado, el tentador les dijo, “Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:5). Después de escuchar esa mentira, no necesitaron mayores argumentos. Adán quedó convencido de que era una buena idea y desobedecieron a Dios. Ese fatídico día, Adán y Eva se rebelaron contra Dios y tristemente comenzaron una nueva dinastía, un nuevo reino —el reino de Dios no les fue suficiente.

Este es realmente el problema del ser humano. Naturalmente —por instinto— nuestra elección siempre es desobedecer a Dios. ¿Acaso no lo

vemos en los bebés pequeños? ¿Cuándo fue la última vez que le enseñaste a tu hijo, sobrino o nieto a llorar por algún juguete? ¿Cuándo le enseñaste a tu bebé a pegar cuando está enojado? Espero que nunca. Aun así, todos hemos sido testigos de vergonzosas escenas de niños gritando y pegando por algún juguete o deseo incumplido.

Ahora todos nosotros —los descendientes de Adán y Eva— somos parte de esa dinastía adánica. Nacemos con el pecado bien impregnado en nuestros corazones. Nos es muy fácil pecar y nos es muy difícil no pecar. Pero eso solo demuestra que nuestra tendencia natural es hacia la desobediencia. Somos pecadores por naturaleza y, por lo tanto, pecamos naturalmente. Adán y Eva fueron los primeros, pero no fueron los últimos —nosotros pecamos de la misma forma en que ellos lo hicieron.

Adán y Eva decidieron desobedecer a Dios bajo una premisa clara: ser independientes de Dios. Cuando fueron tentados a desobedecer, lo atractivo y cautivante era que *serían independientes de Dios*. Suponían de forma equivocada que ya no estarían bajo el control y autoridad de Dios. En pocas palabras, no querían el reino de Dios, querían su propio reino y sus propias reglas.

No solo eso, sino que nuestros cuerpos físicos fueron también afectados por ese pecado original. Dios había creado a los humanos para vivir por siempre, pero después del pecado original de Adán y Eva, los humanos no viven por siempre. Comenzamos a morir desde el primer día que llegamos a la tierra. Nuestros cuerpos se desgastan, decaen, enferman, desfallecen y finalmente mueren. Nacemos para morir un día y eso nos da miedo —mucho miedo.

No sabemos por qué exactamente, pero amamos la vida y tememos a la muerte. En Génesis vemos que la razón por la que no queremos morir es porque fuimos creados para vivir, ¡no para morir! Tristemente nuestra rebelión contra Dios es más costosa y destructiva de lo que pensamos.

Nuestras infidelidades, griterías, maledicencias e idolatrías tienen un costo altísimo. ¿Sabes qué le prometió el tentador a Eva antes de comer el fruto prohibido? Le aseguró “no morirán” (Génesis 3:4). ¡Qué mentira tan terrible! Desde luego que murieron y por extensión ¡nosotros morimos también! Vamos muriendo todos los días. De tristeza, de dolor, de

enfermedad y de muchos males más. Somos como muertos andantes que están esperando que llegue el día final. Nos escondemos de la muerte y creemos que nos protegemos de ella con ejercicio, vitaminas, bebidas, medicina y todo lo que encontremos en el camino que nos ofrezca más vida. Pero son intentos fallidos. Morimos y morimos siempre. La muerte es la pandemia que nunca ha sido controlada y sin Dios nunca podrá ser revertida.

Adán y Eva cayeron, se rebelaron y produjeron una descendencia de la cual todos nosotros formamos parte. Pero las cosas no se quedarían allí. La Biblia es la historia de quién es Dios y de cómo rescata a su creación a través de su Reino en Jesús. Esto era solo el principio—la historia solo estaba comenzando y Dios siempre tiene la última palabra.

La promesa del reino de Dios

Si la Biblia es la revelación de Dios para la humanidad, entonces cada pasaje de la Biblia nos revela quién es él. Ya para este momento podemos vislumbrar que Dios está a favor de la misericordia, la vida y la paz. Él es todopoderoso y lo demostró al crear todo lo que vemos y hasta lo que no hemos visto. Esta es una característica fundamental de Dios. Ser todopoderoso es esencial para ser Dios, ¿no crees? Si hay alguien más poderoso que Dios, ese ser merecería entonces toda autoridad. Pero si la Biblia es verdad —y lo es— y si Dios es el Creador todopoderoso —y lo es— entonces es justo, y hasta lógico, que solo él se merezca toda nuestra obediencia.

La obediencia a Dios es lo único que le puede traer felicidad al ser humano y Dios creó al hombre y a la mujer para ser felices —plenamente felices en él. Esta obediencia no nace de un deseo narcisista de parte de Dios. Todo lo contrario. Esta orden es una orden conforme al diseño establecido por él para la creación.

Dios nos creó “a su imagen”. Tenemos un propósito, un diseño y un orden establecido por el Creador. No creo que pienses que sea narcisista por parte del fabricante de un martillo que diga en las instrucciones que no lo uses como desarmador. Seguramente has visto las instrucciones en la escalera que compraste para pintar una pared o alcanzar cosas altas. ¿Te

parece injusto que haya etiquetas en esa escalera que te advierten que no uses el último escalón porque es muy probable que sufrirás un accidente? No es ni narcisista ni injusto. Es protección y funcionamiento conforme al diseño.

Lo mismo sucede con el ser humano. La obediencia a Dios nos *protege* de todo mal y nos *provee* de un funcionamiento óptimo que producirá, *por lo tanto*, verdadera felicidad. El punto es clarísimo. Aun cuando el ser humano se rebela todos los días, Dios quiere, desea e insiste en que nosotros seamos reconciliados con él —la Biblia es la historia del rescate de amor más grande de todos los tiempos.

Por eso decidió que las cosas no se quedarían así. El día que Adán y Eva se rebelaron en contra del reinado de Dios para formar su propio reino, Dios hizo evidente que su reino seguía en pie. Nada podría hacer cambiar la voluntad inamovible de Dios. Su plan persistiría, incluso en la peor de las circunstancias.

Lo mejor de todo es que este plan sería el medio elegido por Dios para rescatar al ser humano. Esto es lo que Dios mismo le advirtió a la serpiente: “Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y su simiente; él te herirá en la cabeza, y tú lo herirás en el calcañar” (Génesis 3:15). Si el tentador pensó que ese día él había acabado con el reino de Dios, estaba muy equivocado. El reino de Dios seguía en pie y su destino seguía en operación. De la *simiente* (descendencia) de la mujer vendría uno que vencería totalmente a la serpiente.

Desde ese mismo momento, Dios ya estaba apuntando hacia alguien más. El resto del Antiguo Testamento es la espera y el despliegue de esta promesa y de este Salvador.

De seguro querrás saber qué pasó con Adán y Eva. Las cosas no quedaron como si nada. Es verdad que fueron expulsados del Jardín del Edén, pero no de su Reino. ¿Cómo? Después de que Adán y Eva cayeron en la mentira de Satanás de que “serían como Dios” y que “no morirían”, aún en ese mismo momento Dios mostró su plan de rescate y esperanza.

Génesis dice que “Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió” (Génesis 3:21). Esta vestidura de pieles de animales tiene demasiada importancia para la historia de la humanidad. El hecho

de que Dios los haya vestido de “pieles de animales” nos da a entender que sí hubo muerte el día que Adán y Eva desobedecieron —pero no en la forma que esperaríamos.

Ese día los verdaderos culpables no murieron. Por el contrario, ese día los inocentes tomaron su lugar. Animales inocentes perdieron su vida por Adán y Eva. Este primer matrimonio no merecía vivir. Adán y Eva no alcanzaron ese beneficio por sus propios méritos. Ellos eran culpables, no los animales. Pero así lo estableció el Señor. ¿Por qué? Porque no había otra manera. El inocente tuvo que darse por el culpable. El culpable no puede huir de su culpabilidad. Así también, en el ámbito espiritual, el pecador siempre es culpable y no hay nada que pueda enmendar su culpa.

¿Has intentado “portarte bien” por largos periodos de tiempo? ¿Has intentado abandonar un mal hábito dañino? ¿Has tratado de no enojarte con tus padres o tu cónyuge? ¿Cuánto dura tu intento? Aun cuando “ganes” la batalla contra ciertos pecados, hay batallas con otras áreas de tu vida que, de seguro, aún no puedes cambiar.

El punto fundamental es que somos pecadores. Pero cuando a Adán y Eva Dios los vistió de pieles de animales, estaba señalándonos un cumplimiento futuro en esta increíble historia. En su momento sería revelado, pero permíteme darte un adelanto: Jesús, el inocente, moriría por el culpable. La Biblia es una historia, pero no es cualquier historia, es *la historia magistral* del rescate del ser humano por parte de Dios.

Si estás pensando, “¡oye!, no es justo que esos pobres animales hayan muerto en lugar de Adán y Eva”, estás en todo lo correcto. Sin embargo, ese acto inicial demuestra que no estamos hablando de justicia, sino de misericordia y gracia. Ahora puedes entender por qué es tan magnífico que la Biblia enseñe que “Jesús murió en lugar del pecador”—la justicia divina por mi pecado sería muerte eterna, pero, por el contrario, en Jesús podemos recibir misericordia y gracia—obteniendo perdón de pecados y vida eterna.

¿Qué más encontramos en el Antiguo Testamento?

La historia de la Biblia se desenvuelve de forma progresiva a lo largo de sus páginas. En cada libro del Antiguo Testamento se va desdoblado

la realidad del reino de Dios. Recuerda que te dije que Dios no abandonaría su plan hasta concretarlo por completo. Para su propia gloria y por el bien de la humanidad, el reino de Dios se instalaría en la tierra como había sido originalmente planeado desde la eternidad (Efesios 1:4; 1 Pedro 1:20).

El ser humano fue creado para que fuese *“su imagen y semejanza”* en la tierra. Adán y Eva, junto con toda la humanidad, tendrían que haber sido estandartes andantes que reflejaran la imagen de Dios, el Soberano Señor sobre toda la creación.

Debimos haber llenado el mundo con una descendencia humana que reflejase y glorificase a Dios. Como la luna refleja la luz del sol, así también nosotros tendríamos que haber reflejado la imagen de Dios. Deberíamos haber sido una raza humana que obedecía a su Rey y expandía su reino con nuestras palabras y hechos. Pero es bastante triste reconocer que esto no fue así. Adán y Eva fallaron y toda su descendencia se desvió del plan original de Dios para la humanidad.

Sin embargo, la voluntad de Dios permanece inalterable y nunca cambia. Si el plan era que el humano fuese la imagen de Dios en la tierra, entonces así será porque el Señor lo ha establecido. Surge entonces una pregunta obvia: si Adán, Eva y su descendencia no pudieron ser la imagen de Dios en la tierra, ¿quién lo haría entonces? ¿Quién podría traer el cielo a la tierra?

Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés y Josué son algunos personajes que están en el Antiguo Testamento y con los que, de seguro, muchos de nosotros estamos familiarizados. Cada uno de ellos tuvo una posición de liderazgo dentro del plan de Dios y a todos se les encomendó la misma responsabilidad: ¡sean la imagen de Dios en la tierra! Pero cada uno de ellos no lo pudo cumplir a cabalidad.

La dinastía adánica tenía una terrible característica que siempre los acompañaría —eran pecadores. No había forma de erradicar el pecado destructivo. Para lidiar con las consecuencias de ese pecado, Dios había ordenado que se llevaran a cabo sacrificios animales que apuntaban hacia el Salvador prometido —el sacrificio inocente y perfecto que finalmente moriría por el culpable.

Algunos consideran, erróneamente, que estos sacrificios animales fueron establecidos para “apagar la sed de sangre” de Dios. Sin embargo, el Dios de la Biblia no es como la divinidad de otras civilizaciones que también practicaban sacrificios animales. El perdón de pecados nunca era alcanzado por sacrificios. De hecho, el punto de los sacrificios animales en la Biblia era mostrar que no eran suficientes por sí mismos. Lo que hacían era apuntar con una gran flecha hacia otro sacrificio, uno mejor, permanente y perfecto —uno que aún estaba por llegar y que podría instalar plenamente el reino de Dios en la tierra.

Aunque Noé, Abraham o Moisés no pudieron reflejar de forma perfecta la imagen de Dios en la tierra —*la imagen que traería el cielo a la tierra*— la llegada de un hombre llamado David, cambiaría el rumbo de la humanidad para siempre.

El Rey David, Israel y el Templo

El Rey David era un hombre muy especial dentro de la historia de la Biblia. Pero ¿cómo es que llegamos a David? ¡Gracias por preguntar! Permíteme darte una brevísima reseña.

La nación de Israel había sido fundada con la descendencia del patriarca Abraham (uno de los hombres que mencioné en la sección anterior). De Abraham, su nieto Jacob tuvo 12 hijos que constituirían las tribus o familias de la joven nación. Con el paso del tiempo, la nación de Israel pasó de ser unos pocos, a ser una gran población. Toda esta historia la puedes leer en los primeros cinco libros de la Biblia —Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Recuerda, la Biblia es una historia y el Antiguo Testamento es la sección que narra el desarrollo de este relato que, literalmente, llegaría a afectar al mundo entero.

La nación pasaría por un doloroso periodo de esclavitud a manos del Imperio Egipcio. Pero durante el mismo tiempo, experimentarían un crecimiento nacional protegido por la voluntad de Dios. Esta joven nación se encontraba presa a manos de un enemigo, sin tierra, sin rey y sin futuro. Sin embargo, Dios los liberaría y los llevaría a la Tierra Prometida de la mano de un hombre llamado Moisés —el libertador de Israel. Esta tierra era el lugar que Dios les había prometido para formar un reino

terrenal —el reino de Israel. No estamos hablando de un reino cualquiera. Sería el lugar donde Dios sería su Rey y ellos su pueblo. Era el lugar donde el cielo y la tierra finalmente se encontrarían.

Moisés sería el instrumento divino para liberarlos de su esclavitud egipcia y quien los llevaría a la Tierra Prometida. Quiero darte un dato importante antes de continuar: Moisés no fue solo un “héroe revolucionario” que los liberaría de sus opresores. La misma esencia de este personaje ya apuntaba hacia la del “Salvador Supremo”, quien también liberaría a su pueblo de una vez y para siempre. No había llegado todavía, pero el Antiguo Testamento nos recuerda constantemente que vendría alguien de parte de Dios que sería su mejor representante en la tierra, la verdadera imagen de Dios entre nosotros. ¿Quién es él? En un momento lo veremos—pero si pensaste en Jesús, estás en lo correcto.

El desarrollo y crecimiento de la nación comenzó después de que Israel entró a la tierra que Dios había prometido. Esta historia está en el libro de Josué, quien había sido la “mano derecha” de Moisés y el encargado de concluir el largo éxodo de Israel. Ese libro explica con detalle las conquistas sobre pueblos que habían caído en total depravación e idolatría delante de los ojos de Dios.

Después de muchos años, la nación de Israel estaba formada y parcialmente establecida en su territorio. Aún había lugares por conquistar y expandir, pero, de la mano de Dios, la nación había sido llevada con éxito a su tierra.

Finalmente nos encontramos con el Rey en su reino y con sus ciudadanos, tal y como había sido al principio con Adán y Eva. No olvides que la Biblia es la gran historia de cómo el Rey instala su reino entre nosotros. Por lo tanto, todas las historias dentro de la Biblia se conectan entre sí, de una manera u otra, alrededor del establecimiento del reino de Dios en la tierra.

Israel pide un rey

Pero no todo termina allí. Israel siguió creciendo y desarrollándose como nación. Con el paso de los años, los ciudadanos del Rey actuaron con arrogancia y pidieron tener un rey humano. Dios no les era suficiente, tal como sucedió al principio con Adán y Eva.

Israel eligió también crear *su propio reino* sin Dios. Olvidaron —decidieron olvidar— que Dios los había rescatado, que si tenían vida era gracias a él, que si tenían un territorio era por el amor de Dios, no por sus propios méritos o por sus propias fuerzas.

Ellos —los ciudadanos de Israel— eligieron un rey humano. Su nombre era Saúl. Esta historia la puedes encontrar en los dos libros de Samuel en el Antiguo Testamento. Estos libros nos cuentan que Saúl era físicamente imponente. Era alto y de buen parecer y el pueblo pensó que por esas características externas estaría también calificado para dirigir los asuntos del reino. Sin embargo, los efectos de querer vivir lejos del gobierno de Dios se hicieron sentir una vez más. Este rey... no era en realidad un rey. Por lo menos no era la clase de rey que esperaban —la clase de rey que realmente necesitaban.

Pero, nuevamente, a pesar de todo esto, nada se salió del plan soberano de Dios. Este rey fallido, Saúl, simplemente demostraba la urgente necesidad de otro rey —un rey victorioso. Un rey que no fuese elegido por ellos —el pueblo de Israel— sino elegido por Dios.

Dios les da un rey

Llegamos a la historia de David. Esta historia la encontrarás en los libros de 1 y 2 de Samuel. David era un pastor de ovejas que fue elegido por Dios para ser rey de Israel. Este rey era distinto a Saúl en muchas áreas.

David era un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22), es decir, que David cumpliría la voluntad de Dios en Israel. David sería el representante de Dios en la tierra en el sentido de que apuntaría hacia otro rey que vendría muchos años después. Este futuro Rey que estaba aún por venir, haría lo mismo que David, pero muchísimo mejor y para siempre.

No puedo negar que el reinado de David fue bueno —muy bueno. Llevó a la joven nación a un periodo de prosperidad y justicia como nunca antes. Pero David era humano. Falló y mucho. Pecó contra Dios y en varias ocasiones se apartó de la voluntad que el Señor tenía para su vida y trajo terribles consecuencias para él, su familia y la nación de Israel. Por

eso David solo podía ser como la sombra de alguien mucho más grande, perfecto y glorioso que estaba por venir. Un mejor rey. Un rey justo, perfecto y santo.

Pero hay algo sumamente interesante dentro del reinado de David. Dios le prometió algo a David que nunca le había prometido a nadie más:

“Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, *yo levantaré después de ti a uno* de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. Él edificará casa a mi nombre, y *yo afirmaré para siempre el trono de su reino*. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y *tu reino para siempre* delante de tu rostro, y *tu trono será estable eternamente*” (2 Samuel 7:12-16, énfasis mío).

¡La promesa es inmensa en sí misma! El hecho de que Dios mismo levantaría a un descendiente de David, un hijo suyo, que reine sobre Israel, es algo extraordinario. Pero no solo era eso, sino que su reinado sería muy peculiar porque sería eterno. El trono *nunca* se separará de *este rey*. Esto quiere decir que no está hablando de *una dinastía* eterna, sino de *un rey* eterno.

La Biblia nos deja en claro que no se trata de un compendio de historias aisladas unas de otras. Por el contrario, toda la Biblia se entreteje para mostrar quién es Dios y cuál es su plan para rescatar a la humanidad. Desde el inicio de la Biblia vemos claras señales que nos apuntan hacia alguien que pueda ser la imagen de Dios *real y plenamente* en la tierra. Un mejor Adán, un mejor Noé, un mejor David, un mejor Rey.

Lo que queda bastante claro hasta este momento es que la Biblia no es aburrida. Si la consideramos así es porque la hemos estado leyendo de forma incorrecta. No quiero decir que la Biblia es “entretenida” como si se tratase de un cuento. A lo que me refiero es que la Biblia es el relato del plan de rescate de la humanidad —el plan de “tu” rescate. Por lo tanto, que alguien te quiera rescatar nunca es aburrido, al contrario, siempre es cautivante y sobre todo esperanzador.

El templo

Salomón sucedió a David en el trono de Israel. Esta historia la encuentras en 1 Reyes. Salomón es reconocido por haber construido un majestuoso templo —el templo de Jerusalén. La sabiduría que Dios le dio a Salomón (1 Reyes 3) fue admirada por muchos y es una de las cualidades más recordadas del rey Salomón hasta nuestros días. Sin embargo, aún con toda su sabiduría, fue la edificación del templo a Dios lo que definió su reinado.

El propósito del templo es muy simple. Sería el punto de reunión entre Dios y su pueblo. Allí se llevarían a cabo los sacrificios que ya eran parte de la vida de las personas desde Adán y Eva. ¿Recuerdas que te hablé de cómo Dios los vistió con pieles de animales? Pues al construir el templo, todo el sistema sacrificial se había “oficializado”. Allí se llevarían a cabo los sacrificios donde se recordaría de manera constante que el inocente da su vida por el culpable.

El templo también ilustraría que el cielo vendría a la tierra. La presencia de Dios estaría presente y los ciudadanos del reino lo sabrían. Finalmente, el reino estaba en su territorio elegido, donde Dios era su Rey, con un rey humano que lo representaba en la tierra y con el templo como el lugar donde el cielo y la tierra se interceptan.

Lamentablemente, la dinastía adánica continuaba mostrando su peor característica —el pecado que está bien impregnado dentro de nosotros. El ser humano de manera natural no busca a Dios y tiende a hacer lo malo delante de sus ojos. Esto mismo pasó con la nación de Israel. Salomón, sus descendientes y el pueblo de Israel abandonaron a Dios con el paso de los años —todos abandonaron a Dios. Israel estaba espiritualmente en ruinas en tan solo tres generaciones. El reino también sufrió una división —una clase de guerra civil. Ahora existía el reino del norte, Israel, y el reino del sur, Judá. El sistema sacrificial que tenía que haberlos dirigido a meditar en Dios y en su necesidad de perdón de pecados, fue suplantado por sistemas sacrificiales aborrecibles que copiaron de otros pueblos paganos.

La nación estaba desecha, había transgredido las leyes de Dios y estaba oprimida, pero no por otra nación, sino bajo el peor enemigo de

todos: su propio pecado. Su naturaleza caída y su tendencia a pecar los llevó a abandonar a Dios de la misma manera que Adán y Eva lo habían hecho hace mucho tiempo. El reino del norte fue capturado primero por Asiria y el reino del sur fue capturado unos años después por Babilonia.

El ciclo volvió a cumplirse una vez más. ¡No había quién fuera la imagen de Dios en la tierra de manera plena, estable y permanente! Pero, ¿estaba todo perdido? De ninguna manera. Debo recordarte una vez más que la Biblia es la historia del rescate de Dios. De la misma manera que Dios dio esperanza a Adán y Eva después de que pecaron, así también Dios ofreció esperanza a Israel y al mundo. ¿Cómo lo hizo ahora? A través de un grupo de personas llamadas “profetas”.

Los profetas de Dios

Israel, el reino dividido, estaba hundido bajo esclavitud y en pecado, pero Dios nunca desistirá en su propósito de rescatar —esa es la esencia de Dios, un Dios compasivo que rescata. Los profetas eran enviados de ese Dios misericordioso y tenían un mensaje con un objetivo bastante simple: anunciar que todos tenían que arrepentirse de sus pecados porque el rescate del Rey venía pronto. Sus palabras las encontrarás en los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Solo quisiera darte algunos ejemplos de las palabras que los profetas entregaban a Israel. Eran palabras de esperanza y hablaban de la promesa de un rey que vendría a liberar a Israel y reinar sobre ellos en justicia eterna.

“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo *levantará un reino* que no será *jamás destruido*, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero *él permanecerá para siempre*” (Daniel 2:44, énfasis personal).

“Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí *tu rey vendrá a ti*, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zacarías 9:9, énfasis personal)

“Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, *os traeré a vuestro país*” (Ezequiel 36:24, énfasis personal)

Estos son solo unos pocos ejemplos que ilustran el punto fundamental que hemos mencionado: Dios envió a los profetas para anunciar que Dios es fiel y que, por lo tanto, el rescate aún estaba por llegar. Era necesario que se arrepintieran de su pecado y reconocieran que habían abandonado a Dios como su único Rey. Pero el punto es que el plan de rescate de Dios seguía su curso y nada lo detendría.

La promesa fue entregada por los profetas a través de un mensaje que cada uno de ellos repetía diciendo, “arrepíentanse porque el Rey ya viene”. El Rey vendría a destruir a la serpiente antigua, el enemigo de la humanidad. El Rey venidero sería la imagen de Dios en la tierra y sería el punto de reunión y el mediador entre Dios y los hombres. Ese Rey sí reinaría sobre la humanidad en justicia y paz eterna.

Adán no logró ese objetivo y Noé tampoco. Abraham ni sus hijos, tampoco la nación de Israel, David, Salomón ni ninguno de sus hijos pudieron alcanzarlo. El templo tampoco pudo ser el punto de encuentro con Dios —solo se pudo ofrecer sacrificios temporales e imperfectos. Se necesitaba algo infinitamente mejor, de alguien infinitamente superior. Con esa expectativa llegamos al Nuevo Testamento.

Preguntas de Estudio

Responde estas preguntas de forma individual o en grupo dentro de tu comunidad. Puedes compartir tus pensamientos y respuestas con otras personas.

1. Cuando Dios creó a Adán y Eva y los colocó en el Jardín del Edén, Dios estaba creando un Reino. Explica qué es lo que entiendes cuando lees que en el principio *Dios creó un reino*.

2. Satanás tentó a Adán y Eva con la idea de ser “*independientes de Dios*”. No querían el reino de Dios, querían su propio reino y querían ocupar, de alguna manera, el lugar de Dios. Explica cómo es que esta idea se continúa repitiendo en nuestras vidas.

3. Cuando Dios vistió de pieles de animales a Adán y Eva, ¿a qué nos estaba apuntando esa acción?

4. Dios llevó a Israel a ser la nación a través de la cual su reino habría de expandirse en la tierra. Dios también instituyó el templo —el punto de reunión entre Dios y los hombres. En tus propias palabras explica por qué es tan importante que la criatura se pueda encontrar con su Creador.

5. Para encontrarnos con Dios, conocerle y seguirle, ¿crees que lo debemos hacer en nuestros términos o en los de Dios? Explica.

Capítulo 3

La Segunda Parte de la Historia

El Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento es la continuación del Antiguo Testamento. No es algo “nuevo” en el sentido de que sea mejor o diferente, sino que, más bien, es el desarrollo y culminación de lo que ya había comenzado en el Antiguo.

El Nuevo Testamento comienza donde el Antiguo concluye. Por eso no sorprende que las primeras palabras del primer libro del Nuevo Testamento sean, “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (Mateo 1:1). Puedes notar cómo la Biblia es una historia —una gran historia.

Mateo fue el primer evangelista, es decir, el primero que empieza a contar las buenas noticias o “evangelio” y comienza su libro anunciando a sus lectores que Jesús *es descendiente del rey David*, quien a su vez era descendiente *de Abraham*. Recuerda que ya vimos quién fue David, el rey que Dios había elegido para gobernar en Israel y al que Dios había prometido que de su descendencia vendría uno que reinaría por siempre. También te hablé de Abraham, el patriarca fundador de la nación de Israel.

Como podrás notar, el hecho de que Jesús sea de la familia de David no es un mero dato curioso, sino profético —Dios finalmente cumpliría su promesa de enviar un rey poderoso sobre Israel y el mundo.

Cuando los lectores originales del evangelio de Mateo leyeron que Jesús era descendiente de David, de inmediato se dieron cuenta de que

Jesús no solo era un buen profeta, un buen maestro o un ejemplo moral. Jesús era realmente el rey profetizado del Antiguo Testamento. Jesús era, en efecto, el mejor Adán, el mejor Noé, el mejor Abraham, el mejor David y el mejor rey.

No solo todo lo anterior, sino que Jesús se constituía en el punto de reunión entre Dios y los seres humanos. Jesús es el sacrificio que Dios ilustró cuando vistió de pieles a Adán y Eva al principio de la historia humana en el Génesis. Jesús es también el rey perfecto, el cual David no pudo llegar a ser debido a su pecaminosidad. Jesús es el profeta que los profetas de antaño no pudieron ser porque eran simplemente humanos. Jesús es el templo vivo, el Rey eterno, el Salvador del mundo.

El cielo por fin había llegado a la tierra. Por fin había llegado uno que era la imagen perfecta de Dios en la tierra. El Salvador por fin había llegado y nada ha sido lo mismo desde entonces. Las épocas de la humanidad literalmente se partieron en dos —en un antes y después de Cristo.

Jesús: su mensaje, sus milagros y sus discípulos

El mensaje de Jesús era clarísimo a pesar de que muchos han intentado que pensemos que el evangelio es complicado. Aunque Jesús sí habló de amor, de los pobres o de injusticia, el mensaje central de Jesús no se enfocó en esos temas. Su mensaje era directo y claro. Léelo tú mismo:

Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio (Marcos 1:14-15).

Este texto es fundamental y es la base para entender la Biblia. Nota que dice que el tiempo de los profetas había concluido. Ese Juan mencionado por Marcos es Juan el Bautista. Él fue el último profeta del Antiguo Testamento. Así como todos los otros profetas, Juan había profetizado que vendría uno enviado por Dios para liberar a su pueblo.

Cuando Jesús entró en escena, la etapa del profeta Juan el Bautista y la de todos los profetas antes de él, había concluido. Finalmente, las muchas profecías se habían cumplido en una persona: Jesús, el Rey, había

llegado. Por cierto, todo esto lo puedes encontrar por ti mismo si lees los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

El mensaje que Jesús trajo a la tierra fue: el reino se ha acercado, *por lo tanto*, arrepíentanse de sus pecados y crean en el evangelio. ¿Cuál reino había llegado? El reino del que ya vimos que la Biblia ha hablado desde el principio —el Reino de Dios.

Dios sería Rey sobre su pueblo una vez más, pero ahora para siempre, nosotros los creyentes seremos sus ciudadanos y la tierra será la sede de su reino. Rey, ciudadanos, ciudad.

Jesús hizo miles de milagros mientras estuvo en la tierra. Pero no creas que se tratara de un “espectáculo” para sorprender o entretener a las masas. Jesús no era un “mago itinerante” que hacía cosas extrañas por doquier.

Todos sus milagros pueden ser categorizados en tres grandes rubros: **milagros para vencer la muerte, milagros para vencer a Satanás y milagros para restaurar la creación.** Tales milagros no eran actos espontáneos realizados sin razón alguna. Al contrario, cada milagro mostraba lo “rota” y “descompuesta” que estaba la tierra y sus habitantes.

Por ejemplo, cuando sanaba enfermos demostraba que el ser humano está destinado invariablemente a morir y que solo él podría romper ese ciclo de terrible mortalidad que afecta y causa tanto dolor a la humanidad. Jesús mostraba que el mundo ha sido infectado por influencia satánica al echar demonios de las personas, pero que solo él tiene total autoridad sobre Satanás. Cuando calmaba tormentas, caminaba sobre agua o hacía que la comida apareciera de la nada, Jesús mostraba que solo él tiene poder y autoridad sobre la creación en todos los sentidos.

Sabemos que Jesús es Dios encarnado y sus milagros no solo demuestran su poder divino en la tierra, sino también lo mucho que esta tierra necesita de Dios y lo mucho que los humanos se han alejado de él. Sus milagros dejaban en claro que el Dios creador había regresado para reinar sobre la tierra. El Rey había regresado a reclamar lo suyo.

Jesús eligió a doce discípulos —que no es un número arbitrario en lo absoluto. ¿Recuerdas cuántas tribus había en Israel? Así es —doce tribus o doce familias. Cuando Jesús eligió a doce discípulos, estaba, por así de-

cirlo, “reiniciando” la formación de un verdadero Israel. El primer Israel descendía de los doce hijos de Jacob, nieto de Abraham, pero ese pueblo numeroso no se había sometido al Señor como Rey ni se había conformedo a la imagen de Dios en la tierra. Ese primer Israel había rechazado a Dios y se había apartado de sus caminos.

Pero Jesús vino para rescatar y restaurar lo que se había perdido. Una de las maneras en las que vemos esa restauración es precisamente en que Jesús comienza un “verdadero Israel” con sus doce discípulos.

Este verdadero Israel sería la imagen de Dios en la tierra al estar conformado por los hijos que Dios siempre ha buscado. Este verdadero Israel iría por todo el mundo para “llenar la tierra con el mensaje de salvación en el Rey Jesús”.

En efecto así ha sido por los últimos dos milenios desde que esos doce discípulos recibieron la orden de proclamar esta historia en todo el mundo. Podemos decir hoy que su misión ha sido realizada con excelentes resultados.

Hoy estás leyendo esta historia que ha sobrevivido a lo largo de los siglos. Una vez más permíteme decirlo: Jesús es el Rey prometido que trae salvación al mundo.

Crucifixión, muerte y sepultura

Aun cuando Jesús hizo grandes milagros y mostró su poder y gloria durante su tiempo en la tierra, esa no fue la manera establecida por Dios para obtener la salvación para nosotros. La manera en la que Jesús reclamó su trono como Rey y, por lo tanto, ofreció la salvación a la humanidad fue a través de la forma menos pensada.

Jesús fue brutalmente torturado, humillado y finalmente crucificado. Jesús “recibió su trono” en la cruz. El Rey Jesús, a diferencia de reyes mortales, no busca *subyugar a los humanos*, sino más bien rescatarlos. A través de su propio sacrificio logró dar salvación, su muerte produjo vida y su sufrimiento trajo paz.

En ese sentido, la crucifixión, muerte y resurrección de Jesús era la cúspide de la historia bíblica —todo apuntaba hacia esa obra gloriosa. Desde el primer sacrificio que Dios llevó a cabo al vestir con pieles a Adán

y Eva, el arca de Noé o el templo construido en Jerusalén —todo apuntaba en esperanza hacia la venida de Jesús y el cumplimiento de su obra.

¿Por qué Jesús fue crucificado y llevado a la muerte? Porque el patrón de justicia ya había sido establecido por Dios mismo. El inocente muere por el culpable, por lo que nadie más lo pudo haber hecho. Ninguno de los personajes bíblicos pudo ser el héroe que el mundo necesitaba porque, aunque ellos podrían ganar batallas, nunca pudieron vencer ni al pecado ni a la muerte. Adán, Noé, Abraham, David o Jonás, todos fueron incapaces de obtener verdadera salvación. Nadie podía traer un permanente rescate —ni para ellos ni para nosotros.

No tenemos a estos personajes en la Biblia para que los veneremos. Todo lo opuesto. Todos ellos están en la Escritura para subrayar la realidad de que *todos nosotros* necesitamos de un Salvador—ellos lo necesitaban y nosotros también. Es por eso que vemos que el Rey Jesús vino a esta tierra. En Jesús, el reino fue instalado y pecadores fueron perdonados (Romanos 3:23).

Él dio su vida para que no tengas que sufrir la muerte eterna. Dios no te diseñó para morir eternamente. Sin embargo, debido a nuestro pecado estamos separados de Dios y muertos espiritualmente. Necesitamos que alguien nos repare por completo, nos dé dirección y guía, esperanza y vida nueva. Necesitamos que alguien tome nuestra inmensa culpa y la pague con aún más inmensa gracia —nuestros métodos humanos no cubren nuestras muchas maldades. Estamos condenados delante de Dios y necesitamos que el Rey mismo nos rescate y nos perdone. ¿Aceptarás este hermoso rescate?

Resurrección y ascensión

Jesús no solo murió, sino que resucitó y venció a la misma muerte. Si Jesús no hubiese resucitado, nuestra fe sería digna de burla y completamente inefectiva (1 Corintios 15:14). Nada de lo que creemos tendría sentido porque Dios había prometido un rey que reinaría por la eternidad y nos brindaría esa vida eterna para gozarnos en su reino. Pero si Jesús murió y no resucitó, entonces solo fue un mártir —uno bien intencionado— pero incapaz de concretar sus promesas. En ese escenario,

nada de lo que la Biblia afirma sería realmente confiable. Si Dios mismo no pudo cumplir su promesa, nada de lo demás sería digno de creer. Toda la Biblia sería mentira —¡toda!

Es precisamente en esta área donde encuentro increíble contradicción en muchas personas. Los escucho decir cosas como, “*yo no creo toda la Biblia*”, “*yo creo que Dios existe, pero no creo en la Biblia*” o “*yo creo que Jesús fue una buena persona, pero nada más*”. Pero yo pienso que estas afirmaciones no tienen sentido. ¿No crees en *toda* la Biblia? ¿Cuáles partes sí crees y cuáles no y por qué? *Toda* la Biblia tiene un mismo sentido y un mensaje único que señala con absoluta claridad que un día vendría un rey a rescatar e instalar un Reino eterno. Te pregunto nuevamente, ¿crees que Dios existe, pero no crees en la Biblia? ¿Conoces de otro libro que revela a Dios como la Biblia lo hace?

Si crees que Dios existe, pero piensas que la Biblia no es verdad, entonces Dios sería un ser digno de nuestro odio, no de nuestro amor. Porque, ¿qué clase de dios crearía todo un planeta donde permitiría que seres humanos creados por él vivieran solamente para dejarlos a su suerte y sin instrucción alguna? Eso no se llama amor, se llama abandono.

Hay otros muchos que creen que Jesús solo fue una buena persona. Hablan como si fue un buen ejemplo y maestro del pasado. Eso tampoco lo creo. Jesús solo predicaba y hablaba del reino eterno por venir que era suyo, nunca dejó de hablar de su poder, de demostrarlo y de profetizar su muerte y resurrección. Si todo eso es mentira, si no hay reino ni hay vida eterna y si Jesús sabía que resucitar era simplemente imposible, ¿podríamos considerarlo como una buena persona? ¡No! ¡Eso lo convierte en un mentiroso!

Si yo tengo un maestro de historia que me “enseña” historia por muchos años, pero si de repente descubro que solo me enseñaba mentiras e inventos de su imaginación, entonces deja de ser un buen maestro para convertirse en un charlatán de primera.

No amigo, tienes que disipar las dudas que hay en tu corazón con la verdad revelada en la Escritura. Dios te está llamando hoy para ofrecerte la misma salvación que ha prometido por milenios y que se ha hecho realidad en muchos a lo largo de los siglos. La Biblia es una historia, con-

gruente, real, tangible, verdadera, lógica y unificada que habla del plan de rescate de Dios para los seres humanos —para ti.

Jesús resucitó de la muerte y no se trata de una fábula porque es un dato históricamente registrado. Jesús venció el poder de la muerte para poder dar vida a todos los que crean en él. Jesús pasó 40 días en la tierra después de su resurrección y fue visto por cientos de personas cuyas vidas nunca fueron iguales. Después Jesús ascendió a los cielos frente a sus seguidores porque su trono le esperaba y porque sería la manera en la que él continuaría con su misión divina.

Cuando decimos que Jesús ha ascendido a los cielos (Hechos 1:9-12), no estamos diciendo que Jesús dio por concluida su misión en la tierra, sino que la continúa desde los cielos. Cuando Jesús llegó a la tierra, él cumplió tres roles esenciales: Rey, profeta y sacerdote. Pero estos roles no concluyeron con su ascensión —todo lo contrario.

En primer lugar, Jesús es el Rey del que se habló en términos proféticos en los Salmos. Dios Padre le dice a Dios Hijo, “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (Salmo 2:8). Jesús es el Rey de esta tierra y desde los cielos gobierna con autoridad y poder sobre el universo (Isaías 9:6). Jesús inauguró su reino cuando llegó a la tierra. Él se sentó en su trono para gobernar su reino cuando ascendió a los cielos (Romanos 8:34). Él reina por sobre todas las cosas desde los cielos. Él ya es Rey, aunque aún esperamos la culminación plena de su reino en la tierra.

En segundo lugar, Jesús es el profeta por excelencia. En el Antiguo Testamento había profetas que proclamaban las Palabras de Dios. Pero Jesús, en su función de profeta, no solo proclamó las Palabras de Dios, sino que las encarnó y las cumplió. Jesús es la expresión viva de la Palabra de Dios —Jesús es la Palabra de Dios (Juan 1:1). A partir del momento en que Jesús ascendió a los cielos, su Palabra se ha expandido por todo el mundo. Jesús sigue proclamando su Palabra a través de millones de ciudadanos del reino de Dios en la tierra. Jesús sigue mostrándonos a Dios a través de las Escrituras. Jesús sigue actuando con poder y gloria a través de su reino en la tierra.

En tercer lugar, Jesús es nuestro sacerdote. Así como en el Antiguo Testamento había sacerdotes que presentaban a las personas delante de

Dios, de la misma manera, Jesús nos presenta delante de su Padre. Pero a diferencia de los sacerdotes del Antiguo Testamento, Jesús no nos presentó a Dios a través de rituales o sacrificios animales, Jesús nos llevó al Padre a través de su propio sacrificio perfecto.

A través de su propia muerte y su sangre derramada en la cruz podemos tener entrada a Dios. Él es nuestro mejor y perfecto sacerdote y mediador. Cuando Jesús ascendió a los cielos, su función sacerdotal no concluyó, más bien, se expandió. Pablo nos dice que Jesús está sentado a la diestra del Padre y que intercede por nosotros (Romanos 8:34). Es decir, Jesús aboga por nuestra causa y defiende nuestra inocencia, porque todos los que estamos en él hemos sido bañados de su perfección y cubiertos de su inocencia (Romanos 8:10).

Por lo tanto, la resurrección de Jesús fue la antesala de su ascensión. Jesús resucitó de la muerte para dar vida y ascendió a los cielos para propagarla en el mundo. Sus funciones de Rey, profeta y sacerdote continúan hasta nuestros días. La segunda persona de la Trinidad, Dios Hijo, es el Rey por sobre todas las cosas. Jesús es el Mesías prometido y la imagen de Dios en la tierra (Colosenses 1:15) para que nosotros podamos conocer quién es Dios en el cielo (Juan 14:9).

La Biblia no es solo *una* historia, sino que es *la* historia que no podemos pasar por alto. Literalmente tu destino eterno depende de la forma en que respondas a su mensaje y verdad.

La expansión del reino de Dios

Pero la historia no concluye allí —de hecho, era solo el inicio. Uno pensaría que cuando Jesús ascendió a los cielos, sus seguidores en la tierra se dispersarían y el movimiento acabaría ante su ausencia. Pero no fue así. Un reino saludable y fuerte no es así de frágil.

El reino había sido inaugurado por Jesús y había llegado el momento de demostrar que no era solo un movimiento de fanáticos religiosos radicales. Aunque la misión era monumental, su Salvador era inmensamente más grande. En cuestión de meses el cristianismo pasó de unos cientos, a miles y miles de seguidores.

A pesar de que los cristianos fueron sometidos a una intensa persecución por parte de los gobiernos romanos y locales, el cristianismo se

propagaba con rapidez. De nuevo, uno pensaría que un movimiento tan judío, tan local y hasta tan ilógico de acuerdo con criterios humanos, moriría bajo la terrible persecución imperial de Roma. Pero no fue así.

El reino de Jesús, el cristianismo, no es algo que se inventó en ese momento. El reino de Dios *es el plan por excelencia* de Dios desde antes de la fundación del mundo. Ni Roma, ni la persecución, ni nada humano, por más grande y fuerte que parezca, puede detener y mucho menos derrotar al plan de Dios.

Lucas, el autor del libro de Hechos en la Biblia, era un médico, investigador y escritor que se dio a la tarea de registrar todos los acontecimientos históricos y divinos del nacimiento de la iglesia cristiana. El libro de Hechos relata el crecimiento imparable del reino de Dios en la tierra, el cual conquistó el mundo entero de forma paulatina pero determinada. El cristianismo pasó de estar solo en Israel, a establecerse en ciudades cercanas, después esparcirse por grandes regiones y pronto desbordarse en África, el resto de Asia y toda Europa. Todo sucedió en unos pocos años.

Pablo, sus cartas y otros libros del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento está mayormente compuesto por cartas que el apóstol Pablo escribió a las iglesias. Las trece cartas fueron las siguientes: Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito y Filemón.

Pablo era un religioso y erudito del judaísmo antes de su conversión al cristianismo. El judaísmo es la religión del Antiguo Testamento que cree en Dios, pero que no afirma que Jesús haya sido el cumplimiento del mesías del que hablaron sus profetas. Pablo era un experto y respetado estudioso de esa religión en aquel entonces. Saulo de Tarso, su nombre antes de ser cristiano, no solo era un respetado estudioso de la religión judía, sino que también fue un enemigo acérrimo del cristianismo en sus primeros años. Sin embargo, Dios lo llamó, tocó su corazón y su vida nunca fue igual. Él entendió que Jesús era el cumplimiento total de todo el Antiguo Testamento. Pablo se rindió ante Jesús —su Rey— y le dio su vida hasta el día de su muerte. Pablo lo dice así,

Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo (Filipenses 3:8).

Pablo escribió a individuos e iglesias. Sus cartas tratan temas teológicos, de la vida y la organización de la iglesia, prácticos y también proféticos. Pablo estaba convencido de que Jesús era el Rey del mundo y que su evangelio tenía que llegar a todas las naciones. El testimonio de la vida de Pablo nos demuestra una vez más que el poder de Dios es incomparable y que nuestra salvación no es el resultado de nuestras obras, sino de su favor inmerecido.

La mayor esperanza de Pablo era la plena llegada del reino de Dios a este mundo. Al final de su vida, Pablo fue puesto en prisión en Roma por causa de su fe. ¿Qué hizo durante sus últimos años que vivió como prisionero? Lee tú mismo: “Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (Hecho 28:30-32).

El poder del evangelio de Dios cambió las vidas de estos primeros seguidores de Jesús. En momentos de intensa persecución y lejanía física, uno podría pensar que el cristianismo se perdería fácilmente, pero esos discípulos fieles fueron por todo el mundo expandiendo el reino de Dios en la tierra.

¿Cómo es que las enseñanzas de Jesús podrían encontrar un futuro seguro cuando los seguidores de Jesús estaban dispersos por todo el mundo? Sin embargo, vemos unidad en todas las cartas, no solo en las de Pablo, sino también en las de los otros escritores del Nuevo Testamento. ¡Aún cuando fueron escritas en diferentes lugares del mundo, con diferentes autores y bajo diferentes circunstancias, el Nuevo Testamento celebra armoniosamente la unidad entre todos los libros que lo componen!

La carta de Santiago y las de Juan, Pedro, Judas y el libro de Hebreos, se conectan todas en perfecta relación y unidad. Estas cartas expanden la idea de que el reino de Dios ha llegado y que, por lo tanto, nuestras vidas deben dar evidencia de que somos ciudadanos del reino. Si el reino ha

llegado y si somos ciudadanos del reino, nuestras vidas deben ser “vidas del reino” —distintas, piadosas y agradables a Dios.

El fin del mundo

El último libro de la Biblia es Apocalipsis. A muchas personas les parece fascinante hablar del fin del mundo. Hay tantas películas e historias que tocan este tema, que se ha llegado a pensar que Apocalipsis es otro intento más por “adivinar” cómo será el futuro. Pero no es así.

En primer lugar, Apocalipsis no está aislado del resto de los libros de la Biblia. Por el contrario, se conecta con el resto de la historia bíblica de forma perfecta y mantiene el propósito de Dios para toda su revelación.

La Biblia inicia en Génesis describiendo cómo el Rey creó a sus primeros ciudadanos para luego situarlos en el primer reino —el Jardín del Edén. No es ninguna coincidencia que el libro de Apocalipsis concluya con el Rey recreando a sus ciudadanos y situándolos otra vez en otro jardín —como aquel primer jardín en Génesis, pero nuevo y mejor.

Apocalipsis concluye con todo el relato bíblico. Apocalipsis nos demuestra que el propósito original de Dios de tener un reino con ciudadanos perfectos finalmente será llevado a cabo de acuerdo con el plan perfecto de Dios. Este libro concluye con unas hermosas palabras que nos dan esperanza y tranquilidad. Aunque en este momento la tierra es un lugar lleno de dolor y muerte, cuando leemos estas promesas recordamos que la historia aún no ha terminado —solo está comenzando. Lee tú mismo y disfruta esta revelación de lo que está por venir:

Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos (Apocalipsis 22:1-5).

El libro de Apocalipsis en efecto revela cómo será el fin, pero dando a entender que el fin es, más bien, solo el inicio —el inicio de una vida eterna, al lado de Dios, el Rey eterno.

En segundo lugar, el libro de Apocalipsis no es un cuento fantástico con personajes e historias ficticias. Aunque es un libro complejo, no es un libro místico. Un estudio dedicado y disciplinado hará que puedas entender todo del libro de Apocalipsis.

El último libro de la Biblia revela el fin de todo lo creado, de todo lo que vemos y de lo que no vemos. El propósito de Apocalipsis es revelar, no esconder; busca enseñar, no confundir; ilumina nuestro entendimiento, no lo oscurece; no tiene la intención de asustarte, sino de darte esperanza porque el futuro está seguro en las manos del Rey. De hecho, al inicio de Apocalipsis se da una “felicitación” o una “bienaventuranza” al que lee este libro. El apóstol Juan, el autor de Apocalipsis, escribe:

Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca (Apocalipsis 1:3).

Dios nos dejó la Biblia *para que le conociéramos*. Dios quiere que su creación le conozca —a profundidad y con absoluta claridad.

He buscado resumir de forma concisa toda la Biblia. He escrito otro libro titulado “El Rey y su Reino”, donde escribo con más detalle cómo es que toda la Biblia se conecta entre sí. Pero si de verdad quieres entender la Biblia, lee tú mismo la Biblia. Que nadie te cuente de su hermosura, sino que tú mismo observes la belleza y claridad del mensaje del Rey. Se trata de un mensaje alentador y esperanzador. Pablo lo expresa así,

Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5:8).

Preguntas de Estudio

Responde estas preguntas de forma individual o en comunidad. Puedes compartir tus pensamientos y respuestas con otros.

1. En tus propias palabras, explica qué entiendes por Antiguo y Nuevo Testamento.
2. Cuando escuchas que *Jesús es nuestro nuevo punto de reunión entre Dios y los seres humanos*, ¿qué entiendes de esa frase?
3. Si Jesús no era un “mago viajero” que hacía milagros para crear espectáculo, ¿por qué hacía tantos milagros entonces? ¿Cuál era el propósito de los milagros de Jesús?
4. Jesús recibió su trono al morir en la Cruz. ¿Qué efecto produce en ti esa verdad? ¿Cómo debes reaccionar ante tal acto de amor?

5. Cuando Jesús ascendió a los cielos, sus seguidores se quedaron en la tierra. Explica si es lógico que el cristianismo haya crecido tanto si todo fue una gran mentira. ¿Por qué no tiene sentido que Jesús, su vida, muerte y resurrección hayan sido una gran mentira?

Capítulo 4

¿Qué Tiene que Ver Conmigo?

¿Cómo lo aplico a mi vida?

“¿Cómo me estás llamando?”, pregunté desconcertado. Y es que cuando lo escuché decir mi nombre, no sabía si enojarme o reírme. La forma en que lo pronunció no sonaba a mi nombre en lo absoluto.

Dios proveyó para que mis padres me enviaran a estudiar administración de empresas en una universidad en Estados Unidos. Aunque la mayoría de las personas me conoce por mi segundo nombre, *Josué*, mi primer nombre es *Eduardo*. Seguramente sabes que a los “Eduardo” se les llama “Lalo”. ¿Por qué? ¿No tengo la menor idea!

De hecho, me he cuestionado mucho sobre este asunto de los nombres. ¿Por qué los padres nos esforzamos tanto en elegir los nombres de nuestros hijos? ¿No creo que sirva de mucho —es increíble!

“¿Cómo le van a poner a su bebé?”, preguntan las personas emocionadas.

“¡Ah! Nos encanta el nombre *Benjamín*”, responden los padres.

“¡Perfecto! Le vamos a decir *Benji*”, responden los amigos.

“Y ustedes, ¿cómo le van a poner a su hija”, preguntan a otros padres.

“Bueno, pues a nosotros nos gusta mucho el nombre *Guadalupe*”, responden orgullosos los padres.

“¡Excelente! Entonces todos le vamos a decir *Lupita*”, aseguran sin el menor asomo de duda.

Pues no sé el porqué de este extraño fenómeno, pero sucede. Yo no fui la excepción. Como les comentaba, mi primer nombre es Eduardo y cuando llegué a los Estados Unidos para estudiar, hubo algunos cuantos “valientes” que *trataron* de llamarme cariñosamente como Lalo.

“*Leilo, how are you?*”, me preguntaban.

“¿*Qué?*”, respondía yo con sorpresa, “*mi nombre no es Leilo*”, les respondía yo.

“¿*Oh! Lailo?*”, al tratar de corregirse ellos mismos.

“¿*No!*”, decía yo, “*¡olvídenlo! Solo díganme, Josué —más fácil!*”.

A nadie le gusta que pronuncien mal su nombre o que escriban mal el nombre o el apellido. Llega a molestar el hecho de que tengamos que deletrear nuestros nombres varias veces o pronunciarlos para que la gente los entienda o los pronuncie correctamente. No nos gusta que nos cambien de nombre, que se equivoquen al pronunciarlo y menos que nos insulten al llamarnos de forma incorrecta.

¿Y a mí qué?

Cuando escuchas hablar de la Biblia es bastante común y también cierto que escuchas que se habla del “pecado”. Seguramente has oído que la Biblia dice que somos “pecadores” y que uno es “pecador”.

La mayoría de las personas no nos sentimos cómodas cuando nos dicen “pecadores”, y algunos lo llegan a considerar un insulto. Llegamos a pensar que la Biblia insulta nuestra humanidad o que nos degrada o somete para mantenernos “agachados” o “esclavizados” a sus conceptos retrógrados. Pero eso no es cierto.

Te voy a poner un ejemplo para ilustrarte por qué no debes considerar como un insulto que en la Biblia te llamen pecador o pecadora. En cualquier operación de rescate hay dos componentes necesarios: un rescatista y un rescatado. La Biblia también presenta a un Rescatista, Dios, y a un grupo de rescatados, los seres humanos, en donde tú estás incluido.

Esa es la razón por la que, en los capítulos anteriores, me dediqué a la tarea de entregarte un breve resumen de la Biblia. Espero que te hayas dado cuenta de que a través de la Biblia puedes entender que nuestra his-

toria —tu historia— no está terminada y tiene un problema por resolver. Estamos vacíos, sin esperanza y sin tranquilidad, pero no tenemos que resignarnos a vivir y morir en ese estado. Dios es el primer interesado de que no te quedes así.

Vivimos en un mundo caído producto de la separación de Dios y que, irrevocablemente, sigue cayéndose día a día. A pesar de todos los avances tecnológicos y médicos, no podemos evitar pandemias o toda clase de enfermedades mortales. Ni con todos nuestros avances científicos podemos vencer finalmente a nuestro peor enemigo: la muerte.

No podemos negar que la calidad de vida del ser humano ha mejorado mucho en los últimos doscientos años. Es indudable que ahora hay cura para ciertas enfermedades que antes causaban dolor y muerte a millares, pero, al fin y al cabo, la muerte llega de forma inexorable a cada ser humano. Ni el más rico ni el más pobre se salvan de lo único que es cierto para todos: morir.

Hemos aprendido a escondernos de la muerte, la rehuimos, buscamos alargar la vida y ocultar el deterioro físico, nos negamos a hablar de la inminencia de la muerte, pero solo quiero que lo pienses por un minuto: la muerte en nuestro mundo es la experiencia más común y universal y no tiene nada de normal. Por eso la sufrimos y le tememos.

Hoy sabemos que hay animales en peligro de extinción y somos culpables de esa realidad. Los mismos humanos no nos tratamos con justicia y generosidad. Hay pobreza extrema, desigualdad social, maldad, violencia y corrupción en *todos* los países del mundo. La trata de personas ha hecho de niños y mujeres productos que se venden clandestinamente. El hambre mata a los pobres y el materialismo les quita la vida a los ricos. La humanidad se divide cada vez más. No hay unidad, no hay armonía y no hay amor.

La naturaleza también muestra su deterioro a través de huracanes, tsunamis y terremotos que destruyen ciudades enteras. Los humanos también añadimos al problema a través del calentamiento global, la contaminación y la deforestación masiva que agudizan la gravedad de nuestro problema. Todo esto solo acentúa y visibiliza la muerte—un verdadero mal de proporciones globales.

Pero hemos llegado a pensar que es normal —o que todo esto debe ser normal. Hemos llegado a aceptar que así es la vida. Intentamos resignarnos a saber que nacemos para un día morir —a vivir sin saber las respuestas a las preguntas más esenciales de la vida. “*Estamos aquí por accidente*”, nos dicen unos y aseguran otros “*Que la vida llegó a través de una gran explosión y que todo es fruto del azar*”. ¡Increíble!

Algunos han puesto su esperanza en la respuesta política a nuestros problemas. “*Yo traeré un cambio permanente*”, nos asegura cada candidato político que aspira a nuestro voto. Cada elección política es lo mismo: promesas para un mundo mejor, restaurado y con felicidad plena. Promesas, promesas y más promesas. Pero no pasan de allí.

Hay algunos gobiernos y gobernantes que son mejores que otros, pero procurar la justicia no es lo mismo que erradicar la maldad. Mejorar las cosas no es lo mismo que restaurarlas. Dar discursos sobre cómo sanar a un mundo enfermo, no es lo mismo que sanarlo por completo.

La historia que la Biblia desarrolla es sumamente realista y es la única que explica el porqué de todos nuestros problemas. Somos pecadores, soy pecador, eres pecador. Cuando el pecado entró al mundo, hizo más de lo que nos podemos imaginar. Todos somos pecadores sin distinción. Cada uno de nosotros nos hemos desviado de nuestro diseño original.

Todo lo anterior no niega que hay personas que son mejores que otras. Por ejemplo, Adolfo Hitler no se compara con algunos filántropos de nuestro tiempo. Pero *tratar* de llevar una buena vida no nos hace *buenos*. *Tratar* de no pecar no nos hace *perfectos*.

El pecado es una cadena esclavizante que no nos podemos quitar por más esfuerzo que hagamos, y puedo entender que no nos guste cuando alguien nos dice, “eres pecador o pecadora”. Pero no hacerlo no es un acto de amabilidad, sino de total negligencia.

Yo sé que soy pecador, pero he sido encontrado por el Rey y Salvador del mundo. ¿Por qué no te lo diría? ¿Por qué te escondería esta gran historia y sus buenas noticias? En este libro ya he escrito varias veces que eres pecador y pecadora, a lo que podrías responderme, “*Perdón, pero ¿cómo me llamaste? ¿Cómo me dijiste?*”. ¿Por qué he escrito varias veces que tú y yo somos pecadores? ¿Cómo me atrevo a decirle al lector que es un

pecador o pecadora? Para empezar, ¿qué quiere decir “pecador”? ¡Gracias por preguntar! Permíteme explicarlo.

¿Qué quiere decir que soy pecador o pecadora?

No hay ser humano perfecto —me imagino que ya lo sabes. Tú no eres perfecto, yo tampoco. Pero el hecho de que algo no sea perfecto no es necesariamente un crimen. El problema radica en que la Biblia no *solo* asegura que el ser humano no es perfecto, sino que también dice que somos pecadores.

Como seres humanos preferimos decir que “no somos perfectos”, pero la Biblia declara que también somos “pecadores”. Cuando decimos que “no somos perfectos”, nos referimos al daño que nos hacemos los unos a los otros —en nuestras relaciones horizontales. Mentimos y nos mienten, traicionamos y nos traicionan, lastimamos y nos lastiman. Pero cuando la Biblia dice que somos pecadores, lo que quiere decir es que hemos ofendido a Dios —nuestra relación vertical. El apóstol Pablo lo describe bien cuando escribe, “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (Romanos 3:10-11).

Somos pecadores por naturaleza—esa es nuestra esencia. La inesperada consecuencia de la entrada del pecado al mundo aquel día terrible en que Adán y Eva desobedecieron a Dios, fue la creación de una dinastía humana que hereda, de generación a generación, la naturaleza pecaminosa.

Somos pecadores porque *primeramente* nos rebelamos contra Dios a través de nuestras malas obras. Fuimos creados a su imagen y semejanza, pero hemos deformado esa imagen y semejanza. Fuimos diseñados para vivir en armonía con Dios, pero ahora le hemos dado la espalda y hasta cuestionamos su existencia. No queremos obedecer porque no queremos creer que los mandamientos divinos son buenos para nosotros. No queremos creer porque la humanidad incrédula ha vendido la idea de que no parece muy inteligente creer en Dios.

La criatura se ha querido levantar sobre su Creador. La criatura que no puede vencer la muerte, explicar el origen de la vida o encontrar felicidad permanente en la tierra, ha dictado de forma arbitraria y necia que Dios no existe, que la Biblia no es verdad, que la fe es inútil. Lo que no

ven —o lo que no pueden ver— es que su rechazo a Dios es la demostración más palpable de que somos pecadores.

Desde luego que nuestro pecado nos lastima a nosotros mismos y también les hace daño a otros, pero nuestro pecado principalmente ofende a Dios. Él nos creó, diseñó y nos dio vida. Por eso, con cada acto de incredulidad negamos su existencia y retamos su autoridad. Tal vez no lo pienses así, pero el problema es que —naturalmente y sin casi pensarlo— pecamos continuamente contra Dios.

Infidelidades en los matrimonios, griterías, difamaciones, ataques de ira, lujuria, malos pensamientos, pornografía, abusos, injusticias y cosas semejantes nacen de un ser humano que ha decidido vivir por sí solo y para sí mismo, lejos de Dios. ¿Cómo nos está yendo? ¿Cómo te está yendo en tu búsqueda de felicidad? ¿Te está funcionando? ¿Nos está funcionando?

La ley y nuestro pecado

El hecho de que somos pecadores contra Dios nos convierte en infractores de su ley. ¿Qué es la ley de Dios? En términos prácticos, Dios es la ley. ¿A qué me refiero con esto? Permíteme darte una breve explicación. La perfección de Dios, su pureza y excelencia son el estándar contra el cual nos debemos medir. Dios nos creó a su imagen precisamente para que fuésemos como él, pero fallamos en nuestra obediencia y ahora somos lo opuesto a Dios.

La ley de Dios no tiene que ver solo con un cumplimiento externo de lo que el Señor ha establecido. Por el contrario, ella habla de las intenciones internas del corazón que se reflejan en actitudes externas. Por ejemplo, la ley de Dios dice que no debemos cometer adulterio (Éxodo 20:14), pero no se queda solo en el acto externo. Jesús dijo que tampoco debemos tener pensamientos que *apunten* hacia el adulterio (Mateo 5:28).

En otras palabras, la ley de Dios exige que no solamente nuestra conducta externa sea perfecta, sino que también lo sean nuestras motivaciones internas. Pero para la humanidad eso es simplemente imposible. Mientras que es posible que alguien no cometa el acto del adulterio en su vida, es virtualmente imposible que nunca tenga malos pensamientos

en su corazón. Esta realidad no solo se remonta a temas de adulterio, sino a todos los aspectos de la ley de Dios que tocan cada área de la vida humana.

Algunos piensan que la ley de Dios solo tiene que ver con asuntos de religión, pero debes recordar que la ley de Dios es Dios. Lo que quiero decir es que, si Dios es perfecto, entonces su ley también lo es. La ley de Dios exhala la esencia del carácter de Dios. Él es perfecto y exige que nosotros también lo seamos. La ley de Dios demuestra que Dios no permite pecado porque él no tiene pecado y habita en santidad y pureza perfecta.

Esa es la razón por la que decimos que somos pecadores y estamos separados de la presencia de Dios. Pablo lo explica así, “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). No hay forma de acercarnos a Dios. Simplemente no la hay porque estamos espiritualmente muertos, separados de Dios y alejados de él. En las palabras de Pablo, “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

¿Has tratado de no enojarte más? ¿No gritarles a tus hijos? ¿Nunca más perder el control? ¿Dejar la pornografía? ¿Ser fiel a tu cónyuge? ¿Cómo te ha ido? ¿Te ha sido fácil mantener firmes tus decisiones? La realidad de nuestra naturaleza pecaminosa hace que aun cuando logremos “controlar” por un tiempo algún pecado, no es garantía de que no regresaremos a él. Peor aún, cuando logramos salir de un pecado, nos damos cuenta de que ya caímos en otro. No estamos viviendo, estamos sobreviviendo —y Dios no nos hizo para sobrevivir, él nos creó para conocerle y entonces tener vida abundante en él.

Sin embargo, como te acabo de mencionar, hay un abismo de separación entre Dios y nosotros. No nos podemos acercar a él porque no tenemos los medios para hacerlo. No podemos acercarnos a él porque no podemos y porque no queremos. Nuestra tendencia natural es a alejarnos de Dios no a acercarnos a él. Nosotros no podemos acercarnos a Dios, por eso Dios se acercó a nosotros.

El evangelio de Dios

La Biblia es la historia de cómo Dios rescata al ser humano —es lo que llamamos evangelio. La palabra “evangelio” quiere decir “buenas

noticias”. Algunos temen abrir la Biblia porque piensan que solo encontrarán oscuridad y condenación, pero en realidad la Biblia es la historia con las mejores noticias para la humanidad. ¿Por qué rechazaríamos al libro que explica con lujo de detalles las buenas noticias de Dios? Es algo inmensamente ilógico, pero es otra muestra de que somos pecadores separados de Dios.

La Biblia es justamente la revelación de quién es Dios y de su plan perfecto para salvarnos del estado de condenación en el que nos encontramos. Al haber un abismo entre nosotros y Dios, Dios mismo ha creado el puente por el que podemos regresar a casa y ser de nuevo parte de él y él de nosotros. Como ya lo he repetido anteriormente, esto no es gracias a lo que nosotros podamos hacer para él, sino a lo que él ya ha hecho, de forma perfecta, por nosotros. Jesús, Dios hecho carne, y la obra realizada a nuestro favor es lo que hace que el ser humano tenga esperanza otra vez.

Nosotros no podíamos alcanzar el estándar de Dios porque Dios es santo y justo. Nuestro pecado imposibilita que cumplamos sus demandas y ninguno de nosotros las puede cumplir. Por eso Dios, en su perfección, amor y santidad, se hizo como uno de nosotros. Jesús no fue solamente un buen hombre, sino el hombre perfecto que cumplió y personificó la ley de Dios. Jesús es la ley de Dios, porque Jesús es Dios. Él es el único que satisface la ley de Dios *desde adentro y hacia afuera*.

La conducta externa de Jesús y sus motivaciones internas eran ambas perfectas. Él es el único ser humano intachable, impecable, perfecto y santo. Pero hay algo que no debes olvidar: Jesús no solo es un hombre, es Dios hecho hombre. Dios mismo asumió nuestra humanidad para rescatarnos sin que lo merezcamos. Eso es amor.

La gracia de Dios se demuestra en su amor inmerecido por nosotros. En un primer plano, Dios nos quiere rescatar de él mismo porque su santidad nos consumiría en un instante, pero también nos desea rescatar de nosotros mismos porque nuestro pecado nos destruye todos los días. Nos quiere rescatar de nuestra vida infeliz y de la rebeldía contra Dios, nuestro crimen más grave. Nosotros tendríamos un juicio imposible de ganar si no hubiera sido por su rescate. Somos culpables y nos hacemos más culpables todos los días. Pablo lo explica con las siguientes palabras:

Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz (Colosenses 2:13-14).

De eso trata la Biblia: Nosotros somos culpables, Dios es perfecto y el perfecto inocente, Dios hecho hombre, se dio por los culpables. ¿Por qué murió por nosotros? Porque no era suficiente que Jesús haya dado un perfecto cumplimiento a la ley de Dios. No era suficiente que Jesús haya encarnado la ley de Dios. Su perfección y una vida impecable no era todo lo que necesitábamos para ser rescatados.

Los seres humanos necesitamos que esa perfección que se ha encontrado solo en Jesucristo sea transferida a nosotros. Ya que no podemos alcanzar nuestra salvación por nosotros mismos, necesitamos que alguien pague la deuda que nosotros nunca podríamos pagar. Jesús se entregó por nosotros cuando murió en la cruz. Pero la muerte no lo derrotó. Por el contrario, cuando resucitó de entre los muertos pudo darle vida eterna a todo aquél que cree en él. No solo eso, luego de resucitar, Jesús ascendió al Cielo y se sentó en su Trono divino y ahora intercede por nosotros y ofrece perdón y vida eterna a todo aquél que cree en él y su obra de salvación.

Este es el evangelio, las buenas noticias de Dios: “Dios rescata a los pecadores a través de su Hijo”.

La humanidad —tú incluido— necesita reconocer que es pecador o pecadora, necesita creer en este evangelio —en estas buenas noticias— y necesita pedir perdón a Dios. Él está dispuesto a perdonar y ha pagado el precio para que seamos aceptos en su presencia. La reconciliación es una virtud que Dios ejecuta bien todos los días. Pero el pecador necesita pedir perdón por su pecado. Este perdón tiene que ser algo sincero y genuino —no creas que es algo que podemos tomar a la ligera. Para aquellos que piensan que *“se le puede pedir perdón a Dios hoy, y mañana volver a pecar como queramos”*, están muy equivocados.

Un arrepentimiento genuino se caracteriza por no querer pecar otra vez. Cuando observas y aprecias el amor tan inmenso de Dios al entregar a su Hijo para sufrir el castigo que tú merecías, no querrás pecar otra vez.

Dios te hace realmente libre de las cadenas del pecado.

El evangelio no pide que seas perfecto, religioso o supersticioso. El evangelio te anuncia las buenas noticias de la salvación en Cristo para que te des cuenta de que Dios llama pecado a lo que nosotros podríamos llamar “errores o imperfecciones”. La culpa no la tiene tu cónyuge, tus hijos, tus padres o tus circunstancias —el culpable eres tú. El infractor de la ley de Dios eres tú. Eres pecador porque esa es tu esencia y porque esa es la práctica en tu vida. Eres pecador no solo por tus ofensas contra otros, sino por tu rebeldía de corazón contra el Creador del cielo y la tierra. En consecuencia, será mejor que te pongas a cuentas con Dios lo más pronto posible. Ríndete a él, humíllate ante su presencia, pídele perdón, acepta su regalo de vida eterna y síguelo para siempre.

El evangelio no trata de lo que tú puedas hacer por Dios, sino de lo que él hace por ti. No caigas en las trampas más terribles que el enemigo pone a tu paso. Cuídate de pensamientos como estos:

“No me lo merezco —Dios no me puede perdonar”

“No puede ser tan fácil”

“Ya me voy a portar bien”

“No creo en toda la Biblia”

“Hay muchos caminos y todos llevan a Dios”

“Yo creo que Dios nunca castigaría a nadie”

“Yo no creo que Dios _____”

No caigas en esas mentiras. Para entender y conocer a Dios, la Biblia es la única fuente autoritativa a la que podemos acudir. La Biblia y su mensaje de buenas noticias se opone a todas esas frases destructoras de la fe que escribí arriba y a muchas otras que de seguro conocerás o hasta has pensado anteriormente. No se trata de lo que tú creas sobre Dios, sino de lo que Dios ha revelado de sí mismo. No rechaces la belleza de la historia de la Biblia. No rehúyas de tu Salvador.

Escucha las palabras de Jesús dirigidas a Israel, la nación que Dios había elegido para que fuese el centro de su reino:

¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados a ella! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste! (Mateo 23:37).

No seas como ellos. Atiende el llamado de Dios. Arrepiéntete de tus pecados, cree en el evangelio y sigue a Dios por el resto de tu vida. Nada más en esta vida le da sentido a nuestra existencia.

Preguntas de Estudio

Responde estas preguntas de forma individual o en grupo. Puedes compartir tus pensamientos y respuestas con otros.

1. ¿Por qué crees que preferimos decir que *no somos perfectos* a decir que *somos pecadores*?

2. En tu propio contexto y en tu propia vida explica cómo es que ves que este mundo va en marcada decadencia.

3. Cuando decimos que “eres pecador”, eso significa primeramente que te has rebelado contra Dios. ¿Explica cómo es que esto es una realidad en tu vida?

4. ¿Qué entiendes con la frase “*Dios rescata pecadores a través de su Hijo*”?

5. ¿Qué entiendes por un “*arrepentimiento genuino del pecado*”?

Capítulo 5

¿Por qué Creer en Dios, pero No en Jesús es tan Peligroso?

¿No todas las religiones me llevan al mismo dios?

“**N**ecesitan venir al hospital lo más pronto posible —puede ser una emergencia”. No era lo que esperábamos escuchar, pero fueron las palabras exactas de la enfermera.

Estábamos esperando a nuestra primera hija y el día de su llegada se acercaba con rapidez. La fecha estaba tan cercana que cuando mi esposa y yo notamos ciertos “síntomas raros”, decidimos contactar a una enfermera para preguntar si consideraba prudente que fuéramos al hospital —éramos primerizos y no queríamos evitar una alarma innecesaria. Pero sí teníamos de qué alarmarnos y teníamos que actuar con rapidez si queríamos evitar una tragedia. Cuando le explicamos a la enfermera lo que mi esposa estaba sintiendo, ella nos urgió a ir al hospital lo más pronto posible.

Todo sucedió rápidamente. Las enfermeras entraban y salían. Yo estaba consternado, lleno de preguntas y muy preocupado. El movimiento estrepitoso de las enfermeras era porque necesitaban asegurarse de que la bebé tuviera un saludable latido de corazón. Les tomó unos minutos —que me parecieron una eternidad— para encontrar el monitor *doppler* (el aparato que encuentra el latido de un bebé en el útero), pero una vez que lo encontraron, se concentraron en la urgente tarea de buscar el la-

tido. Trajeron el aparato. Lo conectaron con rapidez. Se hizo un silencio total en la habitación. Pusieron gel sobre el vientre. Lo movían de un lado al otro. Mi esposa y yo nos mirábamos. El doctor y las enfermeras se mantenían concentrados y muy serios. De pronto ¡el latido empezó a escucharse! Las palabras del doctor fueron reveladoras, “la bebé está bien, pero nos está diciendo, ‘¡sáquenme de aquí!’”. Y así fue. En cuestión de minutos realizaron una cesárea de emergencia y nuestra pequeña estaba con nosotros a salvo.

¿Por qué te digo todo esto? Porque creo que a todos nos parece lógico que un bebé en útero *sin frecuencia cardiaca* es algo peligroso —demasiado peligroso. Puede ser resultado de dificultades respiratorias, arrestos cardiacos o en el peor de los casos, muerte. Un bebé sin un adecuado latido de corazón es algo muy delicado, potencialmente muy grave. En un sentido similar, una “fe” sin un adecuado entendimiento de quién es Jesús, se debe considerar como un asunto muy delicado, potencialmente grave y hasta mortal.

Habiendo explicado que Jesús es la figura central que une toda la Biblia y que es presentado como el único Salvador y camino a Dios, entonces surge una pregunta sincera, ¿no todas las religiones me llevan al mismo dios? La respuesta es un rotundo ¡no! Como lo mencioné en el primer capítulo, la mayoría de las religiones del mundo *reconoce* a Jesús de alguna manera, pero no en el Jesús presentado en la Biblia. Se trata de una versión diluida de Jesús, una versión conveniente y adecuada a intereses propios.

Existen religiones donde Jesús es un buen profeta, un revolucionario o simplemente un buen maestro, pero no el Dios encarnado. Esto hace de Jesús un concepto humano donde Jesús se adapta a nuestras expectativas, necesidades y demandas. Pero al perder de vista al Jesús de la Biblia, no solo han desechado lo que las Escrituras mismas enseñan sobre él, sino que también han desechado al Dios de las Escrituras.

Esto es sumamente importante porque creer en Dios no es suficiente. La fe puesta en “un dios” que no tenga nada que ver con Jesús es una fe alterna y engañosa. Esta “fe” busca ser diseminada masivamente a las multitudes para que piensen que religión sin Jesús es posible, que fe sin

salvación es factible, que vida eterna sin sacrificio es plausible o que perdón sin muerte substitutoria es disponible. Pero estas ideologías no son más que herramientas satánicas que convierten a la Biblia en solo una posible solución de entre muchas otras.

Todos nos hemos acercado alguna vez a lugares que están protegidos por rejas o vallas que separan a las transeúntes del resto de la propiedad. Generalmente tienen varios avisos de advertencias como “no te acerques”, “¡peligro!”, “cables de alta tensión” o algún mensaje similar. Esos anuncios parecerían repeticiones innecesarias de algo que pareciera obvio, pero en realidad no lo es. Ante tal grado de peligro, tales medidas de advertencia son necesarias.

De la misma manera, la Biblia está llena de “avisos” que advierten con premura a la humanidad del peligro de teísmo —es decir, la simple creencia de que existe un “ser supremo” sin la necesidad de ser muy específicos con las características de esa divinidad. Una fe en Dios sin Jesús es altamente peligrosa. Permíteme darte tres razones para esta advertencia.

Jesús es la revelación de Dios

Para conocer a Dios tenemos que conocer a Jesús. Por lo menos eso lo dijo Jesús mismo cuando Felipe —uno de sus discípulos— le pidió, “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”. Jesús le dijo: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo, pues dices tú: ‘Muéstranos el Padre?’” (Juan 14:8-9).

Dios es invisible y no puede ser visto por el ojo humano que está tan manchado por el pecado (Juan 4:24). Por eso, Juan es sumamente claro cuando dice, “a Dios nadie le vio jamás...” (Juan 1:18). No hay un solo ser humano que pueda ver a Dios directamente debido a la naturaleza de su persona. Ni tú ni yo hemos visto a Dios.

La santidad de Dios es demasiado inmensa como para ser observada por el ojo humano y aunque Dios se ha aparecido de manera limitada al ser humano en distintas formas a lo largo de la historia, solo hay una revelación de Dios a la humanidad que expresa plenamente la persona, naturaleza y esencia de Dios: Jesucristo. Él es la imagen perfecta del Dios

perfecto (Colosenses 1:15). El apóstol Juan concluye diciendo que, “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo (Jesús)... él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Jesús es la revelación de Dios en la tierra porque Jesús es Dios en la tierra. El teólogo Michael Kruger explica esta encarnación con las siguientes palabras,

Jesús no sólo se identifica como el Hijo de Dios, sino que también se identifica como el Hijo del Hombre que viene a juzgar el mundo en las nubes —una identidad que los sumos sacerdotes consideraban como digna de ser calificada como blasfemia.¹

Esto era considerado blasfemia, es decir, una ofensa contra la verdad de Dios, porque decir que alguien era el “Hijo del Hombre” era como igualarse con Dios mismo. Todo lo anterior lo he desarrollado con el propósito de que puedas percibir la realidad de que el enemigo de Dios, Satanás, busca engañar a las personas para hacerles pensar que es posible tener una relación con Dios sin que Jesús tenga algo que ver en el proceso de fe. Por ejemplo, nos han dicho que la religión tiene que ver con portarte bien, hacer bien a otros, dar a los pobres o tratar de ser una buena persona. ¿Te das cuenta de que todas esas versiones religiosas tratan de ti? El problema es que la Biblia no trata de cómo *tú* te puedes rescatar a *ti* mismo. La Biblia trata de cómo *Dios rescata* a la humanidad por medio *de Jesús*.

Pablo se lo dijo así a Timoteo, “Porque *hay un solo Dios*, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5, énfasis mío). Esta declaración —de que hay un solo Dios— es una afirmación que recoge la forma en que Dios ya se había autonombrado en el Antiguo Testamento. Moisés ya había dicho en Deuteronomio, “Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, *Jehová uno es*” (6:4, énfasis mío). Es evidente que Pablo no está enseñando que hay más de un Dios o que hay múltiples maneras de conocer a Dios, sino que está dejando claro que para conocer a Dios solo hay un canal posible: Jesús.

El Señor Jesús es la cima de la expresión de Dios en el sentido de que él es el único que nos puede llevar a Dios, el único que nos atribuye su justicia, es decir, que hacemos nuestra su justicia. Jesús es el único que in-

¹ <https://www.michaeljkruger.com/hello-my-name-is-god/>

tercede por nosotros y nos hace miembros de la familia de Dios. Jesús, el Mesías, es la armonía perfecta entre la justicia y la misericordia de Dios. Cristo es la revelación total de Dios a la humanidad.

Cristo es el único camino a Dios

Las Escrituras no solo enseñan con mucha claridad que Cristo es la revelación de Dios para el ser humano, sino que también nos enseñan la función que Cristo desarrolla como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). En otras palabras, Cristo no solo es la ventana que nos muestra quién es Dios, sino que también es la puerta que nos lleva a él. Su perfección, su vida impecable, su sacrificio sustitutorio en la Cruz y su resurrección de entre los muertos, hacen que sea el único camino a Dios.

Cuando Jesús comenzó su ministerio terrenal, el pueblo de Israel estaba esperando al Mesías prometido por siglos. Sin embargo, su ceguera y rebeldía espiritual los llevó a ansiar *solamente* una liberación política, ignorando así su esclavitud más terrible y permanente: la espiritual.

Esa es la razón por la que la predicación con la que el Mesías inauguró su ministerio en la tierra era muy clara: “El tiempo se ha cumplido,” decía, “y el reino de Dios se ha acercado; arrepiéntanse y crean en el evangelio” (Marcos 1:15). Cristo anunció que el reino de Dios se había acercado y fue muy explícito al señalar que la condición necesaria para que alguien accediese al reino de Dios. Jesucristo dijo, “Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Es decir, la entrada al reino de Dios solo es posible en Jesús y en nadie más.

Esta enseñanza no es exclusiva del Nuevo Testamento. En el Antiguo Pacto, la entrada al reino de Dios era precisamente a través de sacrificios que el Sumo Sacerdote ofrecía año tras año (Levítico 16; 23). Durante la fiesta solemne llamada el Día de Expiación, el sacrificio animal representaba la purificación de pecados a través de la muerte de un animal inocente y sin mancha. Cuando Cristo estuvo colgado en la Cruz, sus últimas palabras antes de morir fueron, “consumado es...” (Juan 19:30), haciendo referencia a que la labor sustitutoria de su sacrificio había sido concluida.

Finalmente, las puertas del reino de Dios habían sido abiertas para que “todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). El requisito es absolutamente claro: “*creer en él*”. El creer en Cristo no es como un boleto que se adquiere para poder entrar al cielo. Por el contrario, creer en él habla de arrepentirme de mis pecados, caminar diariamente en su Palabra e imitar a Jesús constantemente. Estoy hablando de una admiración sincera y profunda por sus Palabras, su mente, su vida y sus promesas. De la misma manera que un hijo admira, contempla e imita a su padre terrenal, nosotros hacemos lo mismo con Cristo, nuestro Salvador, nuestro Señor y amigo. Cristo es el único camino a Dios.

La Trinidad es una doctrina no negociable del Evangelio

Es importante no pasar por alto que creemos en la Trinidad, es decir, un Dios en tres personas. No exaltamos a Cristo por encima de Dios Padre o Dios Espíritu Santo. Sino que exaltamos a la Trinidad cuando exaltamos a Cristo, porque Dios Padre envió a Dios Hijo, en el poder de Dios Espíritu Santo. La Trinidad no está en contradicción con los roles de Dios en sus tres personas, sino que nuestras mentes humanas están incapacitadas para entender a cabalidad algo que es claramente sobrehumano e inmensamente perfecto.

Sin embargo, creemos y afirmamos la Trinidad como una doctrina fundamental y un componente necesario para una creencia sana del Dios de la Biblia. Enseñamos la doctrina de la Trinidad y exaltamos a Dios, quien se reveló por medio de Cristo y nos dio la autoridad para ser “hechos hijos de Dios” (Juan 1:12) y es quien nos selló con el Espíritu Santo de la promesa (Efesios 1:13). Así es nuestro Dios a quien creemos, servimos, exaltamos y adoramos.

Quisiera recalcarlo nuevamente: no todas las religiones llevan a Dios —sería ilógico que así fuera. Como lo dije al inicio, “*Puede ser que todas las religiones del mundo sean mentira. Pero no puede ser que todas las religiones sean verdad*”.

El punto central de la Biblia es que, en su esencia central, es *cristiana*. No estoy usando esa palabra para hablar de una religión —*la religión*

crisiana. No. Cuando digo que la Biblia es “cristiana”, me refiero a que su personaje principal, su centro y su propósito es precisamente Cristo Jesús.

Desde el primer libro de la Biblia y hasta el último, cada texto, pasaje y versículo, nos apuntan al plan de rescate de Dios *en Jesús*. Por lo tanto, no solo es ilógico, sino también irreverente tomar a Jesús y manipularlo para tratar que sea, haga o diga algo que no manifestó en su voluntad explícita que era, haría o diría. Nuestra fe en el Jesús de la Biblia —y en nadie más— nos lleva a Dios. Somos sus hijos gracias a la obra de Jesús —todo es gracias a él, por su amor, su sacrificio, su misericordia, su gracia y su perdón. En las palabras de Judas,

Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén (Judas 24-25).

Preguntas de Estudio

Responde estas preguntas de forma individual o en comunidad. Puedes compartir tus pensamientos y respuestas con otros.

1. ¿Estás de acuerdo con la frase “no todas las religiones me llevan a Dios”? Explica.

2. ¿Qué quiso decir Jesús cuando afirmó “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre”? (Jn. 14:9)

3. ¿Qué quiso decir Jesús cuando proclamó que “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí”? (Jn. 14:6)

4. Explica en tus propias palabras por qué Jesús es el Rey de todo.

5. Cuando decimos que “cada texto, pasaje y versículo nos apuntan al plan de Dios para rescatar en Jesús” ¿Cómo lo entiendes?

Conclusión

El sistema anti-Dios ha creado un falso concepto de Dios.

“Todos los caminos llevan a Dios”

“Nadie puede estar totalmente seguro de Dios”

“Si Dios existe, nadie le puede conocer realmente”

“No sé si Dios existe, pero vivo como si existiera”

“La Biblia es un libro manipulado por hombres”

Esos pensamientos solo han producido confusión. Todo aquello que sea confuso nunca será atractivo. Aunque muchos afirman que la Biblia es confusa, en realidad no lo es. La Biblia es un conjunto de escritos que fue redactado en un periodo de más de 1.500 años, con más de 40 autores y en 3 idiomas diferentes. Eso nos podría hacer pensar que no habría forma de que se trate de un libro coherente. Lo lógico sería encontrar incoherencias por todos lados, errores, contradicciones y hasta mentiras. Pero ese no es el caso.

La Biblia es armoniosa en el todo y en sus partes. Tiene congruencia, lógica, secuencia y armonía. Es el único libro en la historia de la humanidad que ha resistido el paso de los siglos y una oposición que ha querido destruirlo en múltiples oportunidades. La Biblia transforma vidas, pero no porque sea mágico, sino porque revela a Dios y cuando el Señor se da a conocer, nada nunca volverá a ser igual.

Tus preguntas, problemas emocionales, dudas y hasta tu vacío existencial y de propósito tiene solución en Cristo. Dios provee respuestas a cada una de nuestras dudas. No te tengo que convencer de que eres un

ser espiritual. Hay algo dentro de nosotros que es más que carne y hueso. Tenemos un alma que anhela fervientemente saber para qué fue creada, quién la creó y con qué propósito vino al mundo.

Este libro buscó manifestarte esa verdad. Dios te creó con un propósito: que el Rey del universo sea también tu Rey, que seas ciudadano de su Reino, que te reconcilies con Dios porque él quiere reconciliarse contigo. La salvación para vida eterna no depende de algo que puedas hacer con tus propias fuerzas. Por el contrario, Dios ya hizo todo, te creó, te diseñó, vino, murió, resucitó, ascendió y dejó revelada esta hermosa historia en la Biblia. No demores más. El Rey y su Reino, todo trata del Rey y su Reino.

¿Qué harás con todo esto que ya sabes?